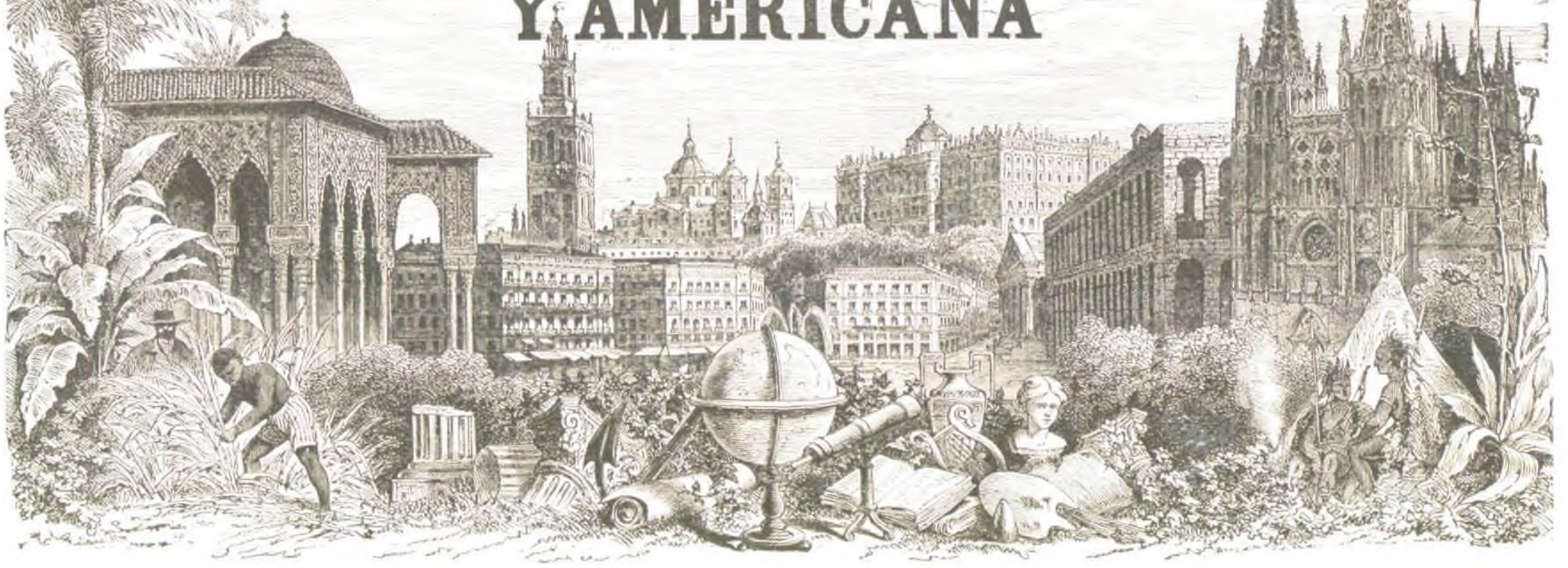
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.	8.400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

AÑO XVII.—NÚM. VIII.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico. . .	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.	15 id.	8 id.

En las demas Américas fijan el precio los Sres. Agentes.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por D. Peregrin Garcia Cadena.—Nuestros grabados, por D. Eusebio Martinez de Velasco.—Últimos momentos de la dinastía de Saboya en España, por D. A. Pirala.—Goethe y Byron: el *Fausto* y el *Don Juan*: por D. Joaquin Sanchez de Toca.—*Francisco Fiscori*, cuadro de D. Ricardo Navarrete; por D. Angel Avilés.—Gertrúdis Gomez de Avellaneda, por D. Teodoro Guerrero.—Una lágrima, poesía, por D. L. Sipes.—La novela de un joven rico (continuacion), por D. Carlos Frontaura.—Antonio Selva, por D. Antonio Peña y Goñi.—Lo escrito de las mujeres (continuacion), por D. Manuel Valcárcel.—Suelto.—Anuncio.

GRABADOS.—Retrato de D.ª Gertrúdis Gomez de Avellaneda; por los señores Perea y Rico.—Madrid: El Presidente del Poder ejecutivo recomienda la calma y órden á una comision de catalanes que pedia la libertad de los presos republicanos, en la carrera de San Jerónimo; por los Sres. Pellicer y Rico.—La bandera roja es colocada en la estátua de Mendizábal, por los Sres. Pellicer y Carretero.—Reten de republicanos en el portal del Círculo conservador, por los Sres. Pellicer y Capúz.—Reconocimiento de la república española por el Gobierno de los Estados-Unidos: llegada del embajador al palacio de la presidencia; por los Sres. Pellicer y Capúz.—Serenata á Emilio Castelar, ministro de Estado; por los Sres. Pradilla y Rico.—Bellas artes: *Francisco Fiscori*, cuadro de D. Ricardo Navarrete; por los Sres. Pellicer y Carretero.—Alegoría del Carnaval, por los Sres. Comba y Paris.—Madrid: Ensayo de una estudiantina ántes del Carnaval; por los Sres. Pradilla y Laporta.—Mascarada de los barrios bajos; por los Sres. Pellicer y Rico.—Portugal: llegada de los ex-reyes de España á Elbas (frontera hispano-portuguesa); por los Sres. Urrabieta y Capúz.—Francia: sala *restaurant* en la Asamblea de Versalles, donde los diputados reponen su estomago; por X.—Retrato del *signor* Antonio Selva, primer bajo profundo del teatro de la Ópera; por los Sres. Perea y Carretero.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

Estado de la cuestion política en España.—Los primeros dias de la república.—Sensatez del pueblo español.—Actitud de la prensa monárquico-liberal ante la república.—Los intransigentes.—Breves consideraciones.—La opinion de la prensa extranjera.—El *Times*, los periódicos prusianos, el *Sud* y el *Herald*, el *Journal de Paris*, el *Journal des Debats*, la *Liberté*.—Juicio de Mr. Thiers.—Reapertura de los teatros.—Español: *Del dicho al hecho hay gran trecho.*

En los momentos en que empezamos á dar cuenta de las impresiones de estos últimos dias, no se ha borrado todavía de los ánimos el profundo asombro ocasionado por el rápido é inesperado cambio político que acaba de presenciar nuestro país. Verdad es que el advenimiento de una república erigida como por ensal-

Doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda: † 1.º de Febrero.

mo sobre las cenizas áun calientes de una monarquía, advenimiento realizado sin dolorosos sacudimientos, sin efusion de sangre, en medio del órden más perfecto y de la cordura más ejemplar, suceso es muy á propósito para causar asombro y maravilla, aunque de él ofrezcan más de un ejemplo las recientes páginas de nuestra historia.

La sensatez de los primeros momentos no se ha desmentido despues por ningun suceso de carácter general y grave, y si bien en algunas provincias, y especialmente en Andalucía, se han tenido que lamentar punibles actos de perturbacion, es de esperar que estos gérmenes de desórden serán inmediatamente sofocados, y no llegarán á constituir una séria amenaza contra la causa del órden. Lo mismo podemos decir de las escenas de pillaje y devastacion ocurridas en el Pardo y en la Casa de Campo. Estos excesos cometidos por una turba de merodeadores han sido instantáneamente reprimidos por los voluntarios de la república, que desde los primeros momentos se ofrecieron á velar por la tranquilidad pública, y no han sido causa ni pretexto de más profunda perturbacion.

No es maravilla, pues, que la prensa de todos los matices haya prodigado tan unánimes aplausos al espíritu de prudencia y de cordura que ha presidido á la caida de la monarquía democrática y al inesperado advenimiento de la república, así como no nos parecen fuera de lugar los fervientes votos que en los momentos actuales hacen los amantes del órden por que los gérmenes de descontento que empieza á sembrar en el seno de la naciente república la impaciencia de los intransigentes, no lleguen á tomar proporciones amenazadoras para el órden público. A este efecto deseamos, y creemos que nos acompañará en el deseo la parte sensata del partido hoy llamado á acreditar en el poder sus principios de gobierno, que el voto de las Córtes Constituyentes, llamadas á determinar la forma definitiva en que ha de constituirse el gobierno republicano, será consultado con la brevedad que reclaman las circunstancias, á fin de dar al Poder Ejecutivo el vigor de que necesita estar revestido para hacer frente á los conflictos del porvenir, y definir la situacion de manera que las diversas aspiraciones del partido republicano hayan de atenerse á una legalidad.

***

Por lo demas, los partidos conservadores, por medio de sus órganos en la prensa, han acogido con muestras de gran benevolencia el gobierno provisional que la actual Asamblea soberana ha erigido sobre las ruinas del trono democrático: todos ellos desean que este nuevo ensayo á que sujeta al país la ineficacia de las soluciones revolucionarias se verifique en condiciones favorables al desarrollo de los principios republicanos, si bien es verdad que en la expresion general de este deseo se traduce ostensiblemente la creencia de que la institucion de la república no es la llamada á cauterizar las llagas del país y á enderezar por buen camino sus lastimados intereses. Para demostrar la sinceridad y el espíritu previsor á que obedece este sentimiento de benevolencia, y el deseo de que el partido republicano lleve á la práctica sin extraños gérmenes de prematura disolucion sus principios de gobierno, los periódicos monárquico-liberales muestran especialísimo empeño en que el Gobierno Provisional arroje de su seno á los conversos de la monarquía democrática, y presentan á los recientes y naturales sostenedores de la caida dinastía saboyana como los aliados más funestos de la república.

No es la mision de esta crónica, destinada á abarcar de un golpe de vista tan diversos intereses de actualidad, sumergir la mirada en los horizontes del porvenir; pero sí del pasado hemos de deducir consecuencias filosóficas—y esto sí que nos parece lícito en la medida á que hemos de sujetar nuestros juicios,—el trono levantado en hombros de la revolucion puede decirse que ha sido la piedra de toque en que se ha probado en definitiva la virtud creadora de los revolucionarios, que han creido compatible en España la monarquía con las libertades democráticas. Los revolucionarios franceses del 89, con más firmeza de miras, con más dotes de entusiasmo, con espíritu más poderoso de innovacion, intentaron de buena fe realizar este consorcio de la monarquía con la exaltacion de la personalidad humana, y ya sabemos adónde les condujo la lógica implacable de los hechos. Allí las ruinas del trono fueron anegadas en sangre: nosotros podemos dar gracias á que há mucho tiempo que el derecho ha abierto las válvulas de la libertad, alejando la posibilidad de catástrofes tan dolorosas.

La república ha surgido tranquilamente de las ruinas del trono democrático, y el órden ha rodeado, desde los primeros momentos, esta institucion, para nosotros desconocida en el escabroso terreno de la práctica. ¡Plegue á Dios que el ensayo se practique sin perturbar más hondamente los quebrantados intereses de este desdichado país!

***

No se ha fijado aún el dia en que hayan de reunirse los comicios para el nombramiento de las Constituyentes que han de establecer la forma en que ha de constituirse la república. Ignórase, por consiguiente, la duracion que ha de tener el período de transicion en que acaba de entrar el país, y cuya prolongacion podria ser ocasionada á graves dificultades. Nada más urgente, á nuestro juicio, que definir y robustecer el poder público creado por la actual Asamblea, á fin de dominar en todas sus eventualidades la cuestion de órden público, y señalar una legalidad á las diversas aspiraciones del partido republicano. En este punto importantísimo no se traslucen aún las intenciones del Gobierno provisional, quien á juzgar por las apariencias, no parece muy resuelto á abreviar el plazo de la interinidad. Nosotros, que sólo hablamos en nombre de los intereses generales y permanentes del país, creemos que las Córtes actuales, elegidas bajo los auspicios de la monarquía caida, no deben seguir legislando despues del acto de soberanía que han llevado á cabo bajo la presion de las circunstancias, sin suscitar desconfianzas peligrosas en el seno del mismo partido á quien han confiado los destinos de la nacion. Esto no puede ocultarse al clarísimo talento de los Sres. Figueras, Castelar y Pi y Margall, á cuya prevision, á cuyo patriotismo está hoy fiada la causa del órden y los intereses, gravemente lastimados, de la sociedad española.

Las dificultades con que tiene que luchar la República al nacer son inmensas; y entre ellas ocupa lugar muy importante la guerra civil desencadenada en Cataluña y en las provincias vasco-navarras. Se habia dicho estos dias que el carlismo levantado en armas se hallaba dispuesto á deponerlas, bajo la condicion de que el Gobierno de la república declarase la separacion de la Iglesia y del Estado, y de que aquel partido no fuese objeto en lo sucesivo de la intolerancia revolucionaria. La noticia no se ha confirmado, y ántes bien, las últimas impresiones presentaban á los carlistas más confiados que nunca en el triunfo de su causa. Anunciábase la presencia de D. Cárlos en San Juan de Luz, y todo anunciaba el propósito de intentar un esfuerzo supremo.

Así, pues, la cuestion de órden público no presenta en esta parte perspectivas muy halagüeñas al Gobierno de la república, y comprendemos perfectamente que los hombres del 11 de Febrero no participen de los sentimientos hostiles que los republicanos intransigentes empiezan á formular contra el ejército. Este sentimiento de hostilidad no obedece en estos momentos críticos á ninguna mira patriótica, y tiende, por el contrario, á crear al Gobierno de la república la más séria y la más grave de las dificultades.

El patriotismo ménos ardiente aconseja, sin embargo, en los momentos actuales, á todos los hombres sensatos, y con mayor razon al partido republicano, no despertar antagonismos ni provocar divisiones que ocasionen conflictos graves al país.

***

En cuanto á la impresion que los acontecimientos políticos de España han producido en el exterior, ha empezado ya á reflejarse en la prensa extranjera. El *Times* ha consagrado su primer artículo á la crisis por que atraviesa nuestro país. El más importante de los periódicos ingleses no muestra gran fe en la estabilidad de la República, y presenta, no sabemos con qué fundamento, al Duque de la Torre como el único hombre que podria dar vida á esta forma de gobierno.

La prensa prusiana, cuyos recelos contra la política de la Francia son bien conocidos, ha recibido con muestras de gran desagrado la abdicacion del Duque de Aosta, y la presenta como una consecuencia de las intrigas y de las influencias de la vecina república.

Otros son los sentimientos con que la noticia del establecimiento de la república en España ha sido recibida en los Estados-Unidos. En los primeros momentos el entusiasmo de los periódicos fué unánime, y sin tasa las felicitaciones de que fuimos objeto por parte de aquellos chapados republicanos. Despues algunos órganos de la prensa americana, tales como el *Sud* y el *Herald*, han visto de color ménos risueño nuestros horizontes y auguran para España el próximo imperio de la anarquía y las complicaciones de la guerra civil.

De los periódicos franceses el *Journal de París* es el que ve más encapotado nuestro porvenir. Su juicio sobre la situacion caida y los hombres que la representaron es severísimo, y cree, como el *Sud* y el *Herald*, que los que prepararon el 11 de Febrero han legado á España la ruina y la guerra civil.

El *Journal des Débats* no ha visto con gozo el establecimiento de la república en la península: el acontecimiento le inquieta tanto por España como por Francia, y le parece que la libertad será la que pierda en la partida.

La *Liberté* opina que el Duque de Aosta se ha visto envuelto en su corto reinado en dificultades tan graves como las amenazas de los Estados-Unidos, su calidad de príncipe extranjero y la cuestion del cuerpo de artillería, y juzga que D. Amadeo jugó su última carta al nombrar el ministerio Zorrilla.

En cuanto á los propósitos del jefe del Poder ejecutivo de la vecina república, en vista del cambio político de la Península, parece que consisten en guardar una completa neutralidad favorable á las miras de conseguir la total evacuacion del territorio frances. Monsieur Thiers cree que si el desenlace de la crisis que atraviesa nuestro país fuese por desgracia la república socialista, hermana de la *Commune*, la Europa estaria unánime para restablecer en España el órden y el principio moral.

***

Nos hemos extendido en estas consideraciones, porque la cuestion política ha sido en estos últimos dias la preocupacion de todos los ánimos y el único alimento de la crónica. Los principales teatros dejaron de funcionar desde la noche del dia 11, y aunque despues han abierto sus puertas, no han ofrecido más novedad que la representacion verificada en el Español de un drama del Sr. Fernandez San Roman, titulado *Del dicho al hecho hay gran trecho*, obra en que se revelan un depurado gusto literario y un conocimiento perfecto de las conveniencias de la escena. La comedia del señor Fernandez San Roman, escrita expresamente para representarse ante la culta y distinguida sociedad que frecuenta los salones de la señora de Riquelme, iba al teatro precedida de un éxito de simpatía no completamente ajeno al mérito de la obra. Así, el escogido auditorio que asistió á la primera representacion no se mostró avaro en el aplauso, y el Sr. Fernandez San Roman se vió envuelto en aquella atmósfera embriagadora que sirve de tan poderoso estímulo al poeta, y que á veces (no ciertamente en el caso presente) es una nube de color de rosa tras de la cual la mano cruel del desengaño prepara sus coronas de espinas.

Esta es la única novedad teatral de estos últimos dias, dias de crisis política, durante los cuales todos los intereses de órden secundario han enmudecido ante la gravísima preocupacion de los grandes intereses sociales, y en que los espíritus no han tenido espacio ni voluntad sino para fijar la consideracion en las cosas del presente, y hacer ardientes votos por el porvenir.

Sin embargo, la inquietud y el malestar que engendran las vicisitudes políticas han llegado á constituir entre nosotros un estado tan permanente y tan normal de los ánimos, que las clases ajenas á las luchas de los

partidos fácilmente se habitúan, pasados los primeros momentos de temor, á los cambios más radicales y á las más profundas alteraciones. Así se comprende que en los momentos en que cerramos esta crónica la animacion haya vuelto á los teatros y á los paseos. La Fuente Castellana ha recobrado su privilegio de servir de punto de reunion vespertina á cuanto encierra de elegante y distinguido la que fué capital de la monarquía. Madrid come, bebe, ríe y se distrae como ántes, y no parece sino que una voz mágica haya dicho, parodiando los versos de una tragedia de Racine:

« Basta; del régio alcázar solitario
Ciérrense al punto las doradas puertas,
Y vuelva todo á su primer estado. »

20 de Febrero.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

NUESTROS GRABADOS.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA (PÁG. 123).

ACTUALIDADES.

Bajo este epígrafe indicamos los tres grabados que figuran en la pág. 116.

Un numeroso grupo de republicanos, armados, dirigíase, promoviendo algun tumulto, en la tarde del 12, á la una y media, hácia el Congreso de diputados, con el objeto de pedir al Gobierno la libertad de los presos republicanos.

El Sr. Figueras, presidente del Poder Ejecutivo, al tener noticia del propósito de aquéllos, deja el Congreso, donde se hallaba, sale á buscarlos en la carrera de San Jerónimo, los encuentra y les habla con la energía que todos reconocen en aquel esclarecido repúblico, prometiéndoles desde luégo lo que pedian, mas significándoles terminantemente que tales resoluciones eran de la incumbencia del Gobierno, pero de ninguna manera de grupos armados en son de amenaza.

Uno de los del grupo se atrevió á mostrar al Sr. Figueras un gorro frigio, y la multitud exclamó: «¡Que se lo ponga!»; mas el jefe del Poder Ejecutivo rechazó con cierto enojo el emblema republicano que se le ofrecia, y dijo estas ó parecidas palabras: «No me lo pongo, ciudadanos, porque no lo necesita quien, como yo, hace treinta años que lo lleva puesto.»

La manifestacion se disolvió en seguida, y el Sr. Figueras fué acompañado hasta el Congreso por la inmensa multitud que presenció la escena.

Otro de los grabados de la misma página alude al hecho, realizado por algunos republicanos, en la tarde del 12, de colocar una bandera roja, coronada por un gorro frigio, en la estatua de Mendizabal que existe en la plaza del Progreso.

Por último, el grabado que aparece en la parte inferior de la citada pág. 116, figura el reten de republicanos armados que ocupaban el portal del Círculo Conservador, en la calle del Clavel. Todos tenian, como distintivo especial, una cinta roja en los sombreros ó gorras, y era el jefe del reten un conocido republicano que habita en la calle del Arco de Santa María, que fué condenado á presidio por los deplorables sucesos del 22 de Junio de 1866.

Nada pidieron al vecindario, á nadie molestaron, y cumplieron su cometido con la sensatez y cordura que tanto distingue al noble pueblo madrileño; y cuando llegó el momento de disolver el reten, una comision de aquellos honrados ciudadanos pasó á dar las más expresivas gracias á los señores socios del Círculo Conservador por las deferencias y amabilidad con que habian sido atendidos en várias ocasiones.

Es lo cierto, y lo consignamos con mucho gusto, que á traves de los grandes acontecimientos políticos que han ocurrido en esta capital desde el dia en que el rey D. Amadeo indicó su propósito de renunciar á la corona de España, el pueblo madrileño ha dado señaladas pruebas de sensatez y cordura, verificándose el cambio de gobierno, de la monarquía democrática á la república, sin ninguna de esas escenas de violencia de que han sido teatro otros países en iguales circunstancias.

Esto honra mucho al pueblo de Madrid y habla muy alto en favor de su educacion política, que no tiene que envidiar seguramente á ningun otro pueblo de Europa.

RECONOCIMIENTO DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA POR EL GOBIERNO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.—RECEPCION OFICIAL DE MR. SICKLES.

La primera nacion del mundo que ha reconocido la república española ha sido la república de los Estados-Unidos: el dia 11 se verificó la proclamacion de la nueva forma de gobierno, y el dia 14 ya habia recibido Mr. Sickles, embajador de los Estados-Unidos en Madrid, órden del Ministro de Estado de aquella nacion para reconocer oficialmente la novísima república.

A la una de la tarde del 15 se verificó este acto solemne, con todo el ceremonial que se empleaba para tales actos en tiempos de la monarquía.

Desplegados en batalla en la calle de Alcalá, frente al palacio de la Presidencia, se hallaban un batallon de voluntarios y una compañía de ingenieros con bandera y música, para tributar al embajador los honores correspondientes.

Al llegar á la Presidencia Mr. Sickles, acompañado de los secretarios de la legacion, salieron á recibirle al pié de la escalera, el secretario de la Presidencia señor Martinez y los ayudantes del Ministro de la Guerra Sres. Córdova y Amado, acompañándole hasta el salon, donde fué anunciado por el introductor de embajadores señor vizconde del Cerro.

En el salon se hallaban los individuos del Gobierno, cuyo presidente se adelantó á recibir al representante americano, quien pronunció el siguiente discurso:

«Sr. Presidente: Cumpliendo el mandato de mi Gobierno, tengo la honra de saludar en la persona de V. E. á la República de España.

»Si es posible entrever algo de lo futuro, séame lícito manifestar que la cordura y dignidad con que se ha verificado el reciente cambio, y la sabiduría que ha confiado á V. E. la presidencia del Poder Ejecutivo, son felicísimos auspicios del glorioso destino á la nueva República reservado.

»Los Estados-Unidos de América, que ocupan considerable parte del continente consagrado á la civilizacion por el valor y la fe de España, no pueden ménos de contemplar con emocion y simpatía convertido en República el Imperio de Fernando é Isabel.

»El pueblo americano, convencido por la constante práctica de las instituciones libres durante la pasada centuria, de la inmensa eficacia de éstas para promover el progreso de las naciones, ve con satisfaccion profunda que España ha encontrado en su ejemplo el medio de asentar sobre sólidos fundamentos su prosperidad y poderío.

»Al traer á V. E. los fervientes votos de mi Presidente por el éxito feliz de la administracion que le está encomendada, y al reconocer la autoridad depositada en sus manos, cumplo el más grato deber de mi mision en este noble y generoso país.»

Y el Presidente contestó:

«Sr. Ministro: Grave responsabilidad lleva consigo el cargo que me ha confiado la Soberanía de la Asamblea y que me ha reconocido la adhesion del pueblo, responsabilidad capaz de abrumar mi ánimo, si para confortarlo y sostenerlo no vinieran momentos como este momento, en que vuestras elocuentísimas palabras me traen á los oidos la voz robusta del pueblo americano, bendiciendo y aclamando el advenimiento de la República á nuestra España, que la ha obtenido por su templada energía y la conservará por su consumadísima prudencia.

»Fiel y delicado intérprete de los sentimientos que animan á vuestra raza, habeis recordado la gratitud debida por vuestro pueblo á nuestro pueblo, porque fué descubierta por la audacia de nuestros navegantes, sometida por el esfuerzo de nuestros héroes, evangelizada por la fe de nuestros misioneros, una gran parte del espacio inmenso, donde brillan las estrellas de vuestro gloriosos Estados. Si aquellos hechos no se elevárran en vuestra memoria y en la nuestra á la estirpe de las grandes epopeyas, si no tuvieran este carácter gloriosísimo, adquirirárnlo hoy por ser el lazo de union entre España que llevó allá por su esfuerzo las primicias de la civilizacion, y América que trae aquí por su ejemplo los frutos de la libertad y de la democracia.

»Gratitud debeis á nuestro pueblo por estos hechos inmortales de la historia; pero ¡cuánta no debemos los que llevamos consumida nuestra existencia en el difícil problema de unir la democracia con la libertad, á los sublimes peregrinos, á los fundadores de vuestras instituciones que, inspirándose en su serena fe, buscaron al tra[illegible] de los mares un templo para su libre conciencia, y establecieron sobre el Nuevo Mundo la nueva sociedad, que definitivamente organizada por el genio republicano del siglo XVIII, ha unido en equilibrio perfecto la autoridad social y los derechos naturales, la vida agitada de las de[illegible] á la estabilidad perfecta de los poderes, la [illegible] de todas las aspiraciones del espíritu hum[illegible] el respeto á los intereses y á las leyes: digno ejemplo que no olvidará en su nueva era nuestra patria.

»Sr. Ministro: La República española contará siempre entre sus mayores ventajas la facilidad que le dan su carácter y su orígen para estrechar las relaciones de España con los Estados-Unidos. Tenemos en el Nuevo Mundo parte considerable é integrante de nuestro territorio nacional, que ha de servir, bajo la sombra de la bandera española, á realizar la comunicacion entre los continentes. Para que nuestras islas cumplan este elevado ministerio, y para que se conserven á este fin civilizador en nuestra nacionalidad, contamos con la energía de todos los españoles, con la virtud de las nuevas instituciones, con el fruto que ha de dar el olvido de antiguos errores y con la opinion pública de los Estados-Unidos, que tanta y tan merecida influencia moral ejerce en todo el continente americano.

»Alienta mi esperanza el nombre ilustre del jefe que los Estados-Unidos se han dado, y el crédito y las simpatías que entre nosotros tiene su representante en Madrid. Si el más grato de nuestros deberes ha sido este reconocimiento de mi autoridad, lo más grato de mi autoridad será tambien facilitaros los medios de que podais desenvolver entre nosotros la política de fraternidad que ha de existir entre la República de los Estados-Unidos y la República de España.»

Terminado el acto, el señor general Sickles se retiró con el señor introductor de embajadores en la misma forma y con los mismos honores que al dirigirse á la presidencia.

Mr. Sickles permaneció despues largo rato conversando con los ministros, saliendo luégo acompañado por el secretario de la Presidencia.

Durante la ceremonia, las músicas tocaron varios himnos republicanos.

Nuestro primer grabado de la pág. 117 figura la llegada del embajador de los Estados-Unidos, Mr. Sickles, al palacio de la presidencia para felicitar al jefe del Poder ejecutivo.

SERENATA Á DON EMILIO CASTELAR, MINISTRO DE ESTADO.

Los republicanos madrileños han tributado en estos dias señaladas muestras de aprecio á casi todos los hombres públicos que hoy se hallan al frente de los destinos de la nacion.

Una de éstas ha sido la magnífica serenata con que obsequiaron, en la noche del 15, al eminente orador D. Emilio Castelar, hoy Ministro de Estado de la república española.

A las nueve dió principio, y desde mucho ántes veíase materialmente ocupada de una inmensa multitud la calle de Serrano, donde aquél tiene su casa, notándose entre la concurrencia una gran representacion de ciertas clases de la sociedad que concurren con poca frecuencia á estos actos. En las cercanías se veia un gran número de carruajes particulares, y la morada del orador insigne se veia profusamente iluminada y ocupados sus balcones por un gran número de sus amigos más íntimos. La excelente música de ingenieros, magistralmente dirigida por el Sr. Maimó, tocó piezas escogidas, con la precision que es notoria en la citada banda militar.

A las once se vió precisado el Sr. Castelar, cediendo á las exigencias de los concurrentes, á dirigirles la palabra desde el balcon, y como siempre que hace uso de su maravillosa elocuencia, arrebató á la multitud, que le escuchó hasta el fin con un religioso silencio. El señor Castelar expresó su inmenso júbilo por haber realizado el ideal republicano, aspiracion constante de toda su vida, en la forma verdaderamente maravillosa que se habia verificado; forma que, segun su juicio, asombrará á las generaciones futuras, dándoles una idea exacta de la grandeza, de la cultura y de la templanza del pueblo español: añadió el Sr. Castelar, que la solucion política presente llenaba tanto más su alma de satisfaccion, cuanto que la creia destinada á ser la solucion salvadora que habia de unir, en un término más ó ménos lejano, á todos los españoles: para obtener este resultado, el eminente orador pedia al partido republicano calma, moderacion y benevolencia, y apoyo constante al Gobierno provisional; asegurándole que este cumpliria hasta el fin la mision que le corresponde. Terminó el Sr. Castelar con un ¡viva la república! que fué calurosamente contestado, y victoreando frenéticamente al Sr. Castelar.

Finalizada la serenata con los patrióticos aires de la *Marsellesa*, subieron á la morada del señor Ministro de Estado muchos de sus amigos, que fueron galantemente obsequiados con profusion de dulces y cigarros.

Nuestro grabado segundo de la pág. 117 represente el aspecto que ofrecian los alrededores de la casa don-

MADRID.—El Presidente del Poder ejecutivo recomienda la calma y órden á una comision de catalanes que pedia la libertad de los presos republicanos.

MADRID.—La bandera roja es colocada en la estátua de Mendizábal.

MADRID.—Reten de republicanos [illegible] del Círculo conservador.

MADRID.—Reconocimiento de la república española por el Gobierno de los Estados-Unidos: llegada del Embajador al palacio de la Presidencia.

MADRID.—Serenata á Emilio Castelar, ministro de Estado.

de habita el Sr. Castelar, en la noche de la serenata.

FRANCISCO FÓSCARI, CUADRO DE D. RICARDO NAVARRETE (PÁG. 122).

EL CARNAVAL EN MADRID.

Los mejores anuncios en Madrid de la proximidad del Carnaval, prescindiendo de esos grandes carteles de vivos colores que aparecen en las esquinas anunciando bailes de máscaras que ofrecen al bello sexo de escalera abajo y á esa variedad del sexo fuerte que se denomina á sí propia *gente del bronce*, ciertas sociedades de títulos retumbantes, como *La Sultana*, *La Macarilla*, *Los siete estrellas*, ú otros parecidos—los mejores anuncios, decimos, son las comparsas de estudiantes que recorren en las primeras horas de la noche, y á contar desde mediados de Enero próximamente, las calles de esta ya ex-coronada villa, de la manera que señala nuestro dibujo de la pág. 124.

Son ó no estudiantes, y áun puede asegurarse que ellos en su gran mayoría, ó no han pisado las aulas de los colegios universitarios, ó *ahorcaron* hace tiempo sus libros y carrera; pero *estudiantinas* se llamaban antaño aquellos grupos de truhanes que salian de las universidades de Salamanca ó de Alcalá de Henáres, acompañados de guitarras, flautas y la necesaria pandereta, y mal cubiertos con un desgarrado manteo y un sucio tricornio, para *correr la tuna* por algunas ciudades de España, y *estudiantinas* se siguen llamando ogaño esas comparsas que en los alegres dias del carnaval vienen á ser una reminiscencia, aunque corregida y aumentada, de aquellas otras.

Impávidos van de veinte en fondo, poco más ó ménos por esas calles, desafiando los rigores de la estacion: marchan primero los futuros *postulantes*, que suelen ser muchos, porque cuantos más haya en la comparsa, más bocas hay para pedir y más manos para recoger, y caminan despues los que componen la banda, tocando la marcha del *Faust* ó siquiera el himno de Riego, ó algun wals añejo que recuerda las edificantes escenas de los salones de Capellanes ó las *quadrilles* al aire libre de *El Paraiso*.

Organizar una estudiantina debe de ser un trabajo no difícil; pero formado ya el núcleo, la parte formal de ella, digámoslo así, la orquesta, lo demas es cosa baladí y bien sabida.

Luégo, cuando llega el domingo de Carnaval, las estudiantinas comienzan su carrera *real* por las calles, que no termina hasta la madrugada del juéves siguiente, y que suele tener ahora una etapa más en la tarde del domingo de Piñata.

Tambien las gentes que habitan en ciertos barrios populares de Madrid celebran el Carnaval alegremente, vistiéndose con trajes ridículos, como lo indica el segundo grabado de la misma página, viejos residuos, por lo general, de trajes callejeros que yacen amontonados en los rincones más oscuros de las prenderías, y son aquéllas, por cierto, las que concurren indefectiblemente al paseo del Prado durante los tres dias de la fiesta, y nunca faltan el miércoles de Ceniza en la pradera del Canal y entierro de la Sardina.

Por último, la bella alegoría que publicamos en la pág. 121, es una gráfica representacion del Carnaval en Madrid, durante la noche: bailes bien poco edificantes y escenas de embriaguez y de locura.

El hombre quiere olvidarse en estos dias de que el mundo es un carnaval perpétuo, y los que cubren su rostro con la careta de la alegría, del ridículo, aparentan que desean ocultar al mismo tiempo los dolores y miserias de la vida humana.

ULTIMOS MOMENTOS DE LA DINASTÍA DE SABOYA EN ESPAÑA (PÁG. 118).

SALA-RESTAURANT EN LA ASAMBLEA DE VERSALLES.

Los padres de la patria, lo mismo los diputados de la Asamblea nacional francesa, que los diputados y senadores de las Cámaras españolas, ó los graves miembros de *House of Commons* de Lóndres, que los de otras naciones donde existe el régimen representativo, áun en medio de las discusiones políticas más interesantes, no se olvidan por cierto de las necesidades de la vida, y obedecen sin vacilar la voz de su estómago cuando éste indica que se halla un tanto desfallecido.

En el *hôtel des Resservoirs*, en el mismo sitio donde se reunia, durante el sitio de Paris, la *élite* de la córte guerrera que rodeaba al emperador de Alemania, se encuentra ahora, bajo el régimen pseudo-republicano, el salon-*restaurant* donde se reunen los diputados de todas las opiniones políticas que tienen representacion en la Cámara, realistas y republicanos, legitimistas y radicales, imperialistas y gambetistas, y se preparan para pronunciar sus respectivos discursos, y para esperar la hora de una votacion interesante, con una buena racion de faisan ó de jamon en dulce y una botella de Burdeos ó de Borgoña, ó por lo ménos con un vaso de *eau sucré*, y los correspondientes *aigets*.

Antiguamente, en tiempo de la dominacion imperial, el *buffet* que se servia en el Palacio Borbon, por cuenta del Estado, era abundantísimo y exquisito; pero hoy la severidad del régimen republicano no consiente semejantes excesos, y cada diputado tiene que satisfacer de su bolsillo particular el importe de los artículos que pidiere.

Nuestro segundo grabado de la pág. 125 ofrece el aspecto que presenta la sala-*restaurant* del *hôtel des Resservoirs* en un dia de sesion prolongada é interesante.

ANTONIO SELVA (PÁG. 127).

E. MARTINEZ DE VELASCO.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE LA DINASTIA DE SABOYA EN ESPAÑA.

A las seis de la mañana del 12 de Febrero se hallaba cuajada la real cámara del palacio de Madrid con los servidores de D. Amadeo, que deseaban rendirle el último tributo de su adhesion. No habia allí, como tantas veces, esos animados corrillos que se formaban constantemente para criticar á todos y ensalzar á ninguno; nadie estrechaba con mentida efusion la mano que deseára ver cortada, ni áun se saludaban mutuamente: habia allí cortesanos de la desgracia, y sólo recogimiento y tristeza reinaba en aquella estancia, ménos alumbrada que de costumbre, y en la que poco ántes todos mostraban contento; unos pavoneando su inmerecido y ménos justificado encumbramiento, otros por considerarse personajes al verse lisonjeados por la ciega y caprichosa fortuna, muchos por esperar crecido medro en recompensa de intrigas, y los más, porque en su pobre inteligencia, les bastaba pisar la muelle alfombra de la régia cámara para ver satisfecha su vanidad y ser felices. ¡Tales suelen ser los cortesanos de la fortuna! Ahora todos mostraban sentimiento, todos estaban entregados á su propia reflexion, y los que ménos reflexionaban espiaban en las acciones de los demas algun movimiento que poder censurar, algun acto que pudiera interpretarse, aunque fuera violentamente, como ajeno al dolor comun.

Cuatro lacayos con largos leritones negros penetraron en la cámara de la Reina, á quien estaba ayudando á vestir la señora viuda de Madoz—que recibió, como recuerdo, el devocionario que usaba S. M. y algun otro objeto de valor, regado todo con lágrimas,—y á poco salieron conduciendo en una silla de manos, á la más virtuosa y caritativa de las reinas, á la verdadera madre de los pobres, más socorridos que agradecidos; pues desde que se supo la abdicacion, ninguno de los que tanto la asediaban ántes, pareció por los umbrales de palacio para demostrar siquiera el pesar de lo que perdian. Derramando gruesas y copiosas lágrimas, que no se cuidaba de enjugar, atravesó, sin levantar la vista, por entre aquella multitud silenciosa y conmovida, siguiéndola sus tiernos hijos, que no acertaban, inocentes, á comprender aquel triste espectáculo, y á todos miraban asombrados, y á su lado el Rey, conmovido, afectado, evitando cruzar sus miradas con las de cualquiera de los circunstantes, por temor sin duda de que la emocion le hiciera perder su gravedad, dando al sentimiento la forma externa del dolor que sentia en su alma.

Rodeada y seguida de todos atravesó la triste y real familia, por última vez, aquellos salones en los que tan pocas satisfacciones han experimentado, y bajaron la grandiosa escalera cubierta con los guardias, que siguieron tambien sin órden á la comitiva, como si no quisieran privarse un momento de contemplarla. Más de 200 personas bajaban, y no se sentia el murmullo de una voz, ni se oia una pisada, y hasta parecia que contenian todos la respiracion para que ni el más leve ruido interrumpiera aquel silencio elocuente, aquel mutismo aterrador.

Ocupáronse los carruajes precipitadamente, corrieron al campo del Moro y en breve llegaron á la estacion del Norte, donde sólo esperaba la comision de la Asamblea, el Marqués de Sardoal, los representantes de Italia y Portugal con sus señoras, el cónsul de Italia y cuatro ó seis agentes de órden público. Ni una autoridad, ni uno de tantos de los que adhesion, amistad y hasta amor ofrecieran, ni de los que tantas mercedes habian recibido, ni una guardia de honor siquiera (1). Trasladóse la Reina en otra silla de manos al carruaje, y á poco partió el tren por la via de circunvalacion á la estacion del Mediodía, tambien desierta. Sólo estaba allí Topete, ese hombre de tan gran corazon, y el agradecido Conde de Almina; pero ni autoridades, ni guardia, ni escolta, y entre los dos citados señores y Montesinos, siempre solícito y fácil á proveer á todo, se dispuso que los ocho guardias de órden público que habia en la estacion subieran al tren para dar escolta.

Silenciosamente, y formando marcado contraste con la partida del rey cuando fué á visitar la costa de Levante hacia poco más de un año, y siendo ministros algunos de los mismos que ahora lo son (2), partió el tren, ocupando la Reina un departamento en el que fué acostada; inmediatos sus hijos y el Rey, y en un coche salon los que formaban la comitiva (3).

Nadie esperaba en las estaciones hasta Aranjuez, y áun aquí fué escasa la concurrencia, á pesar de los muchos dependientes y jornaleros del real patrimonio. Siguió el tren á Alcazar de San Juan, donde ya se habia recibido el parte del gobierno para dispensar á las reales personas los honores debidos, que los hizo el presidente de la junta revolucionaria; y preparado el almuerzo á virtud de un telégrama que se envió desde Aranjuez—pues nada se habia dispuesto, hasta el punto de carecer la Reina, enferma, de una taza de caldo, no obstante haberse preparado en Madrid algunas botellas de *consommé*, que quedaron muy tranquilas;—descendió el Rey del carruaje, y abriéndose paso por entre la multitud silenciosa y respetuosa, ocupó la cabecera de la mesa, á la que se sentaron todos sin órden ni etiqueta, pudiendo servir apénas los camareros, por estar invadido el comedor con la gente del pueblo, que contemplaba asombrada la digna tranquilidad del que acababa de ser el jefe supremo de una nacion de 16 millones de almas.

Continuó la marcha, atravesó rápido el tren los vastos y desiertos campos de la Mancha, fijóse apénas la atencion en el pueblo que tuvo preso á Cervantes, que á vivir hoy, abundante cosecha hallaria de locos y simples, y áun malvados, para inmortales obras; detúvose un momento en Manzanares, donde recibieron SS. MM. respetuosos saludos, y en Ciudad-Real se ofrecieron las autoridades, estaban formadas las fuerzas del ejército, que presentaron armas y batieron marcha, y todo el anden y sus inmediaciones invadido por inmenso gentio, ávidos todos de contemplar á la real familia.

Con una pequeña detencion en Puertollano y Almaden, y descendiendo por las gargantas de este venero de riqueza á Belalcázar, se dejó la Mancha, se atravesó un pequeño confin de Andalucía y se penetró en Extremadura, parando un momento en Cabeza del Buey, y comiendo en Almorchon en una ruinosa y ennegrecida pieza perfectamente ventilada; no habia otro sitio.

La noche, aunque alumbrada por espléndida luna, apénas permitia contemplar las risueñas llanuras de Villanueva de la Serena, Don Benito y Medellin, patria de Hernan Cortés, y las venerandas ruinas de la hoy triste Mérida y ántes opulenta colonia romana, y á las doce llegamos á Badajoz. Era la última poblacion española que despedia á D. Amadeo, y que acostumbrada á recepciones de alegría, no podia ménos de pensarse en el contraste que formaba aquel séquito silencioso y triste, más triste cuanto más se alejaba de España, con el que presentaron las bodas allí celebradas del rey de Castilla D. Juan I con la infanta de Portugal doña Beatriz, la recepcion de doña Juana de Portugal para ser esposa de D. Enrique IV, del solemne recibimiento hecho á la infanta de Portugal doña Isabel para ser esposa del emperador Cárlos V, del no ménos ostentoso dispensado á doña María de Portugal que iba á ser esposa del que fué á poco D. Felipe II, hijo del que es fama que al año de haber abdicado la corona, que le abrumaba por el gran peso de su inmensa gloria, mostrábase arrepentido, y de los grandemente celebrados conciertos reales en 1729. En este siglo, Cárlos IV y María Luisa se trasladaron á Badajoz

(1) Al verme de regreso en Madrid el Sr. Rivero, me dijo ántes de saludarnos, que la noche que precedió á la partida de SS. MM., en cuanto salió de palacio, dió las órdenes para que estuviera en la estacion la guardia de honor y la escolta que habia de acompañar á las personas reales: no fué, pues, culpa suya la falta.

(2) Del de la Guerra se recibió en el camino un telégrama disculpándose por indisposicion: de agradecer fué la atencion al ménos.

(3) La constituian, la comision de la Asamblea, compuesta de los Sres. Montesinos, Marqués de Sconne, Moncasi, Rossell, Ulloa (D. Augusto), que iba tambien con el carácter de administrador de la compañía del ferro-carril, el Sr. Montero Rios, generales Tassara y Gandara, hermanos Alvaredas, general Burgos, Portilla, Almirante, Villacampa, Tejeiro, Bonifayó, Ogea, Benazuza, algun otro, y el que suscribe. Iban tambien los representantes de Portugal é Italia. Este último quedó indispuesto en Alcázar de San Juan.

en 1801 con motivo de la guerra con Portugal, para atender más á un favorito que á los intereses nacionales, y que tan funestos resultados produjo á aquel buen rey;—pues siempre los favoritos han sido funestos á los reyes y á los pueblos,—y en Diciembre de 1866, tambien estuvo allí la familia real de España á su paso para Lisboa á pagar atenta visita á los reyes de Portugal.

Quedáronse en Badajoz los guardias que formaban la pequeña escolta, y siguió el tren á Portugal, cuya tierra se pisó en breve. El silencio de la noche, la melancólica luz de la luna, lo desierto de aquellos campos, la tierra extranjera, cuanto á todos rodeaba, convidaba á la reflexion, y grandes podian hacerlas cuantos el tren conducia.....

Las músicas de la guarnicion de Elvas anunciaron la llegada á su estacion, donde esperaban las autoridades de gran gala, y tropa de cazadores con músicas, que no cesaron de tocar el himno nacional portugues. No habia pueblo.

Parado el tren frente á la pequeña y humilde aduana, apeóse D. Amadeo, y en el despacho del administrador, una reducida pieza á la izquierda de la primera sala, recibió á las autoridades y se despidió de la comision de la Asamblea y de los que regresamos, áun cuando algunos llevábamos ánimo de seguir hasta Lisboa, dando á la real familia esta prueba más de sincera y desinteresada adhesion.

Dispuesto allí otro tren, con un coche-salon que ostentaba las iniciales de D. José Salamanca, se unió á él el carruaje en que iba la Reina y los Infantes, y á las tres partió para Lisboa, despedido con los mismos honores; regresando á Madrid la comision de la Asamblea, el general Tassara, brigadier Portilla, coronel Almirante y el autor de estas líneas.

En todo el viaje demostró el público grande avidez por ver y contemplar á doña María Victoria, cuya merecida fama era general: todos preguntaban por esta señora, cuyo talento y caridad conocian, todos la admiraban, todos se apenaban por su desgracia, y la Reina, no muy atendida por quien obligacion tenia de atenderla, iba postrada en un lecho, abismada en sus tristes pensamientos y sin otro consuelo que el tener á su lado á su esposo que ama y á sus hijos que adora. Reciba en lejanas tierras el tributo del que siempre la ha admirado y la ha servido con veneracion profunda y respetuosa, sin haberla demandado nunca la menor merced.

En cuanto á alguna de las personas que acompañaron á SS. MM. á Lisboa, y de cuyo nombre no quiero acordarme, excuso hablar por ahora; si alguna vez puede pensar, su remordimiento será su castigo, ya que lo es hoy su desprestigio.

En conclusion; la dinastía de Saboya ha podido decir al salir *pacíficamente* de España, lo que Francisco I despues de la batalla de Pavía: *todo se ha perdido ménos el honor.*

A. Pirala.

GOETHE Y BYRON.

EL FAUSTO Y EL DON JUAN.

Hay en la poesía épica un género sublime y grandioso que sabe unir en su misterioso seno la lógica frialdad del filósofo y el delirante entusiasmo del poeta, que convierte el análisis en sentimiento, la razon en entusiasmo y da un mismo lenguaje á las ciencias y á las artes. Este género es el poema social y filosófico. Reflejo poético del pensamiento religioso y de los eternos principios de la ley natural, brotó junto á la cuna de las sociedades; breve sentencia primero y profundo proverbio, no tardó en presentarse como un consuelo contra la adversidad ó como una leccion contra el crímen. Tal origen tuvo el poema de Job, la más sublime y grandiosa creacion de la poesía filosófica. Es, por consiguiente, un error de las escuelas modernas el pretender que este género poético sea el producto inmediato del movimiento filosófico de nuestros dias, y que el genio de Goethe fué su primer intérprete, así como su verdadero autor. Antes de las blasfemias del *Fausto* existian ya las impiedades de Lucrecio, y ántes que estas iniquidades poéticas vivian en el seno del pueblo hebreo, la santa resignacion de Job y las sublimes máximas de su moral divina. Léjos de ser una creacion de nuestros dias el poema filosófico de la edad presente, no ha hecho más que profanar sus antiguas formas, faltar á sus providenciales fines y estrechar los límites de su vastísimo horizonte.

El fervor religioso de la Edad Media habia creado dos simbólicas personificaciones del pecador, que se trasmitieron á los tiempos modernos bajo la poética forma de la leyenda. Eran estos dos personajes *Fausto* y *don Juan*. Monstruo de impiedad el uno, busca en el saber la omnipotencia y entra en pactos con el infierno; repugnante emblema de la sensualidad el otro, une la más increible impiedad á la corrupcion más abyecta.

De estos dos personajes se valieron Goethe y Lord Byron para formar los dos grandes poemas filosóficos de la edad moderna, sarcástica é ideal expresion de la incredulidad de su siglo. No intentarémos hacer un juicio crítico literario de ambos poetas, es nuestro único propósito el acercar entre sí á estos dos genios de la poesía del Norte para hacer sobresalir las extrañas analogías que entre ellos existen, y contemplar con asombro cómo instintivamente se unieron al pintar el seductor torbellino de las pasiones, y como ambos se perdieron en el proceloso mar del escepticismo y de la impiedad.

Existen entre Goethe y Byron las mismas semejanzas, el mismo parentesco, que entre Fausto y D. Juan: en el carácter del protagonista de su poema imprimió cada uno de ellos su propio genio, y cuando la posteridad quiera saber cuáles fueron los sentimientos y las pasiones, cuales los móviles y las creencias de ambos poetas, se contentará con apreciar cómo interpretó cada uno de ellos el impío personaje de la leyenda.

Goethe, que con su *Werther* arrastró á la juventud al suicidio del estóico, en *el triunfo del sentimentalismo* prodigó sarcasmos y burlas á sus crédulos admiradores. Crea una escuela y se complace luégo en destruirla con sus escépticas risas. Nuevo Saturno devora á sus propios hijos. Proteo literario se presenta bajo mil y mil formas distintas, ya con la impiedad en la boca y el suicidio por esperanza, ya personificando la virtud y buscando entre las ruinas de lo pasado las felicidades de lo porvenir, ó bien confundiendo en una misma blasfemia la creacion y su Hacedor, el vicio y la virtud. Pero hasta entónces no habia expresado en sus obras más que una pasion del alma á un cuadro de la historia: necesitaba su genio un campo más grande, un horizonte más vasto, y tomó la *leyenda del Fausto*, tan popular en esos países que bañan las aguas del majestuoso Rhin.

Engrandeciendo las proporciones de su ya muy fecundo argumento, Goethe abarca el mundo entero en su obra. Dios y la religion, el paraiso y la gloria, las negras nieblas y las verdes praderas, la misteriosa reunion de las hadas en medio de la oscura noche, los regios alcázares y la solitaria choza, la ciencia, el infierno y la creacion, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, forman el mágico panorama de su gigantesca epopeya filosófica.

¿Pero cuál es el fin de tan grandioso aparato? La duda, la impiedad y la nada. Ávido de ciencia y de goces como Fausto, Goethe, semejante al genio del mal, vaga por los imaginarios espacios de sus ficciones, así como por las abstractas elucubraciones de las ciencias, y la palabra final de sus investigaciones, el resúmen de sus delirios es el sarcasmo del incrédulo. Mefistófeles y Fausto á un mismo tiempo recorre la sociedad burlándose de la virtud y riéndose de los padecimientos del hombre. Ciencia y placer es lo que busca, lo demas nada le importa. Si encuentra el bien en su paso, tiene para él una sonrisa más terrible aún que el mismo desprecio; si se le presenta la inocente y pura Margarita, la presta en un principio halagos y caricias que irremisiblemente han de causar su calculada infamia, y cuando ya perdió la flor de su inocencia, cuando de vírgen pura la ve convertida en monstruo de iniquidad, suelta una estrepitosa carcajada con Mefistófeles, y exclama con Fausto: *Idéntica suerte tuvieron otras muchas ántes que ella.*

Consumado el sacrificio de la inocente víctima, prosigue su marcha por el mundo, y ve por todas partes ciencias, derechos, supersticiones, creencias, delirios y locuras; distribuye á cada paso nuevos sarcasmos, nuevas risas, nuevas carcajadas, y no encuentra otra solucion á tantos males que la desesperacion y la blasfemia. El problema que trata de resolver es el problema de la ciencia del mal, como Job lo conoce; pero Job, en medio de sus miserias bendice el nombre de Dios que tales pruebas le envia. Goethe busca el bien á traves de mil iniquidades, y cuando se ve atajado por el mal, profiere una imprecacion terrible contra el Hacedor de su existencia. Job busca su consuelo en la Providencia, y Goethe en la risa de la desesperacion. Para el uno, el Señor es el Dios de bondad y de misericordia, el amparo del justo; para el otro es un tirano, cuando no una opresora ficcion de la supersticion del hombre. Goethe opone la duda y la mofa á la religion, á la familia y á la patria. Job, por el contrario, opone el heroismo, el amor y la esperanza á los males todos de este mundo; aquél destruye, y éste con el ejemplo de su incomparable resignacion, coloca una piedra más en el majestuoso templo de la esperanza. Job es la personificacion del bien en su lucha con el mal. Fausto es la personificacion del mal.

Rodeado de miseria, roidas sus carnes por los gusanos, Job, sentado sobre un muladar, no tiene su igual en el mundo; nunca contemplaron los hombres tan sublime conjunto de elevacion y de miseria. Sus irreparables pérdidas, sus crueles sufrimientos, su indigencia, la muerte de sus hijos, son para él pruebas que el cielo le envia, y agradece sus bondades, venera los designios de la Providencia y bendice el nombre de Dios. Fausto, sumergido en los placeres, ébrio de goces, cae de bajeza en bajeza, monstruo de sensualidad, roe el hastío su corazon, vive sin esperanza y muere en la blasfemia.

Goethe es uno de esos hombres cuyo genio se admira con asombro, pero cuyas obras se miran con justo recelo: personificacion completa de la indiferencia, persigue tan sólo la belleza de la expresion, y para conseguirlo nada le importa creer en Dios ó negar su existencia; nada el ser el campeon de la virtud ó el renuno de la sociedad; el bien y el mal son para él dos fuentes idénticas de belleza, dos poderosas palancas para conmover el corazon humano. En una y otra fuente se inspira indistintamente; es pintor de lo feo y de lo bello con tal que el cuadro sea *una exposicion feliz de su idea*. Despues de haber arrojado al tempestuoso mar de las pasiones una de sus producciones literarias y sociales, él, sentado en la orilla, contempla el majestuoso espectáculo con la calma de su refinado egoismo y de su profunda indiferencia, fijándose tan sólo en las impresiones, no en los estragos; y que arrojen las olas sociales á sus piés el cadáver de un suicida ó la víctima de sus impiedades; que sea la lepra de la incredulidad ó el heroismo de la virtud, nada le importa; él ha sido la causa, y la risa sardónica que recorre sus labios es la prueba evidente de su infernal satisfaccion.

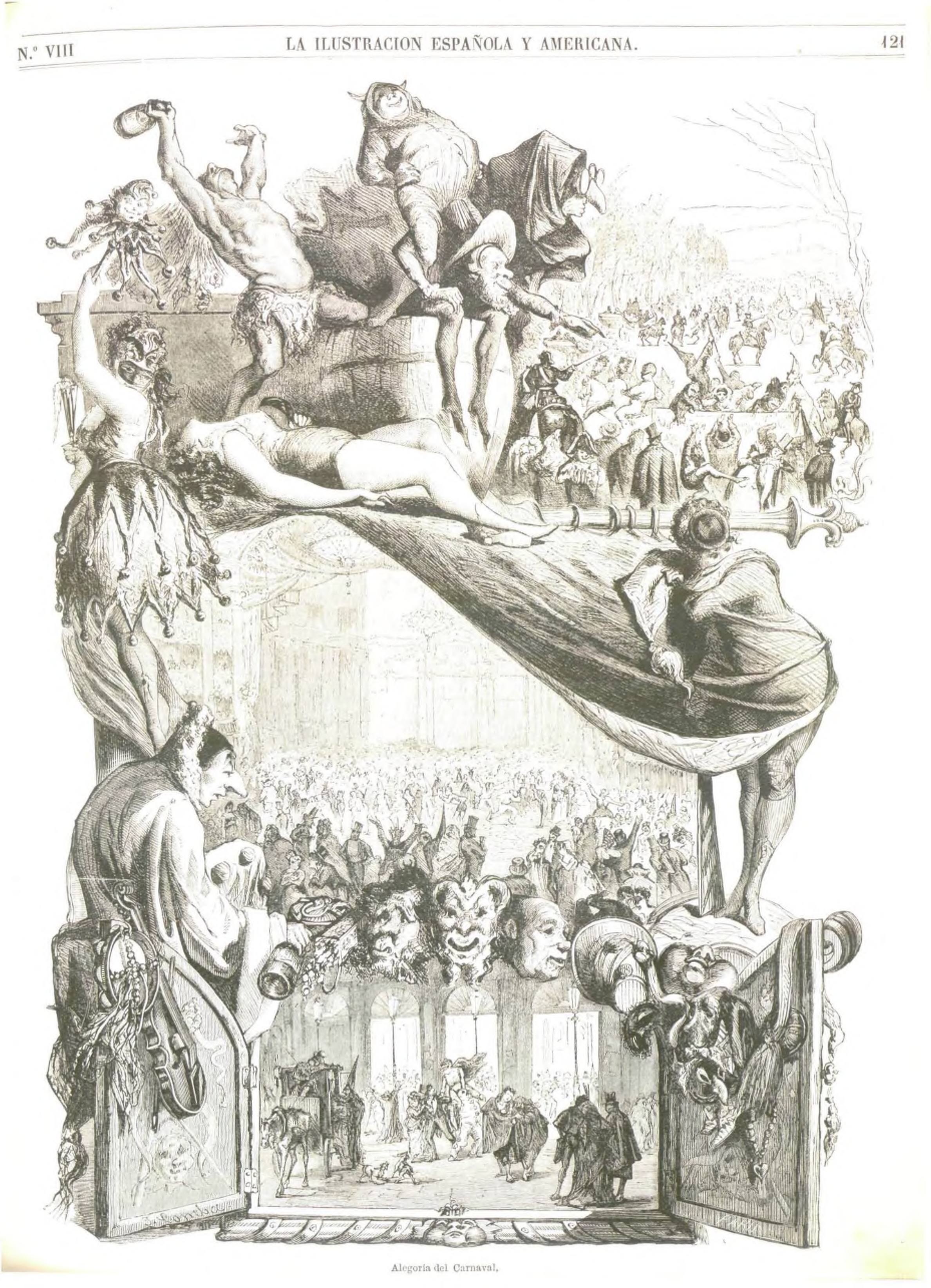
Con tales condiciones Goethe, asombro de impiedad, no tiene rival en los poéticos encantos de su expresion; ciencia, colorido, verdad, todo lo reune y todo lo abarca, trasladándose en medio de las sociedades feudales, así como entre los fantásticos sueños del Oriente ó en medio de los antiguos héroes de la Grecia, vive y siente con ellos, pinta el poético y verdadero cuadro de su existencia y los abandona de repente para asimilarse con la índole y las costumbres de otro pueblo y ser el poético espejo de su vida social. Nadie le igualó en la energía de los caractéres y en el atrevimiento de las figuras; dulce y suave, melancólico y tierno, sublime y trivial, es tan variado en sus impresiones como en el colorido de sus cuadros.

Apénas contaba los veinte y dos años, cuando publica los primeros fragmentos del *Fausto*; entre ellos se hallaban ya casi todas las dramáticas escenas de Margarita. Esta lindísima creacion del más poético y sentimental personaje de todo el poema es obra de los tiempos de su juventud, y sólo en la primavera de su existencia pudo inspirarle su fantasía poética aquellos conmovedores cuadros de una pasion tan inocente y pura, tan candorosa y tierna. Es Margarita en el *Fausto* la hermosa flor de Coto que descubre sus virginales encantos y vierte su suave y celestial aroma en las orillas del horrible pantano; es la rosa de Jericó que brota y crece fragante y hermosa en medio de espesos zarzales; es la ideal y angelical mujer de las leyendas alemanas. Ama, y pregunta á las flores si es su amor correspondido; estrecha la mano de Fausto y huye avergonzada; se esconde loca tras de la puerta del pabellon del jardin, y apretada la punta de sus dedos contra sus rosados labios, mira frenética á su amante al traves de las rendijas. «¡Ay; viene, viene! exclama al ver entrar á Fausto, y al sentirse abrazada por él, le devuelve ardiente el abrazo y al fin le descubre su amor.» Más tarde, cuando la amargura del desengaño empezó á roer su corazon, la musa inspira á Goethe la sombría escena de la bruja, y el cuadro terrible de la desesperacion de Greétchen al oir en templo gótico el canto majestuoso de los fieles y las fúnebres y melancólicas lamentaciones del órgano.

Tras del hediondo y oscuro calabozo, donde Margarita, la desdichada, lanza su postrer gemido, surge un mundo encantado que atrevido fantasea el poeta, fundiendo en el crisol de su genio el clasicismo y el romanticismo, el simbolismo oriental y el simbolismo del arte cristiano. Pueblan ese mundo poético los seres misteriosos que se complacen en crear, y el septentrional perdido allá en el seno de sus compactas nieblas, y el oriental que respira tranquilo el puro ambiente de su grandiosa naturaleza. Se oye allí el murmurar de cristalinos arroyuelos y el canto de las silfas; forman poéticos coros las ninfas y las ondinas, vagan y cantan invisibles los genios aéreos del Norte al lado de las divinidades del paganismo clásico, y por fin, surge brillante el arco Iris para hermosear con sus colores el vacío inmenso del horizonte.

El hombre, enano que se forma de las prodigiosas mezclas del alquimista, sale del misterioso laboratorio, emprende precipitado vuelo al traves de los espacios, y juntándose en las playas del Egeo con Thales y Ana-

BELLAS ARTES.—*Francisco Fascati*, cuadro de D. Ricardo Navarrete.



Alegoría del Carnaval.

xágoras, tiene con ellos filosóficas disertaciones sobre el orígen del mundo y el principio de las cosas.

En esta segunda parte del *Fausto* se admira sobre todo el lenguaje cadencioso y sonoro de Goethe, adaptando la hermosa lengua alemana á todas las bellezas de la prosodia griega, traba el genio del poeta gigantesca lucha con la dificultad del ritmo, le vence, le doma y le anubla triunfante á la expresion de su idea: entónces resuena una continua armonía que deleita el oido y encanta el corazon; se oye allí un trino melodioso y aquí un celestial concierto; pero es el canto de la sirena que amoroso y seductor fascina al navegante con fingidas ilusiones y le atrae incauto á los profundos abismos de los mares.

Grandes son sus encantos, y tantas y tan peregrinas bellezas demuestran que fué un gran genio, pero un genio del mal.

A nuestra patria pertenece la leyenda de Don Juan.

Bajo el reinado de D. Pedro el Cruel, segun unos, de Cárlos V, segun otros, vivió en Sevilla un hidalgo llamado D. Juan, de la ilustre familia de los Tenorios. Enamorado de la hija del comendador mayor de la órden de Calatrava, resolvió sacrificarla á su infame pasion. Habiendo muerto al padre de su víctima en un desafío, bajó al panteon del convento de San Francisco, y dirigiéndose á la estatua de piedra que parecia custodiar la tumba del comendador, con irónica burla le convidó á cenar. Fiel á la cita la indignada estatua, cogió á D. Juan entre sus frias manos y le arrastró á los profundos abismos del infierno. Este es el tema que tanto ha popularizado la poesía, presentándolo ya bajo la forma épica ó la dramática, ó ya con la profunda y apasionada música, la salvaje alegría y la sarcástica burla de Mozart.

Sentado en el litoral del Adriático, oyendo las centilenas del gondolero en la degenerada y opulenta Venecia, sumergido en el seno de escandalosos amores, y poco ántes de renunciar á su sueño dorado de la emancipacion italiana, escribió lord Byron su *Don Juan*, digna continuacion de las violentas injurias que lanza á la divina Providencia *en el cielo y la tierra*, y en su bien intitulada blasfemia el *Cain*. El D. Juan de Byron no es el personaje de la leyenda española, ni el de Tirso de Molina y el de Zamora, carácter ardiente y vivo, buscando siempre el peligro y dominándolo siempre para satisfacer sus perversos instintos; el D. Juan del poeta inglés es un personaje ficticio, que más tiene de Byron que de D. Juan; de él se vale el poeta para expresar sus paradojas, para narrar sus sueños, para exponer sus propias dudas y pronunciar sus impiedades: D. Juan, burlon, vehemente, apasionado, indeciso y atrevido, variable, aventurero, incrédulo, admirador con frecuencia del crimen y mofador de toda virtud, es el verdadero retrato del escéptico Byron.

El mismo problema de Job, el mismo del *Fausto*, el eterno problema de la vida es el que se presenta en el poema de *Don Juan*. Don Juan y Fausto recorren caminos distintos, pero llegan á un mismo fin, se encuentran en una misma duda y profieren un mismo sarcasmo contra Dios y contra el mundo. Goethe recorre toda la vida social del hombre para llegar á su criminal objeto; todo lo ve, todo lo junta, sombrío ó alegre, poético ó melancólico, el colorido es su fin principal, su verdadero objeto; retrata el mundo exterior, esquisa aquellos metafísicos é infernales paisajes que vió allá, en lo más profundo de su elevada intuicion; varía y multiplica los caractéres, pero reduce la poesía á ser el pincel de sus ideales cuadros y secundariamente la expresion de los sentimientos del hombre. Byron, por el contrario, siente ántes de describir; la naturaleza es para él un cuadro, y no un argumento; el verdadero tema de sus inspiraciones es el análisis moral de sus sentimientos, la expresion del inmenso vacío que en su corazon ha creado la duda y los eternos padecimientos del incrédulo.

Con tan opuestos genios ambos se unen en la misma impiedad, resuelven igualmente el mismo problema. Ambos sin recuerdo y sin esperanza se inspiran tan sólo en la desesperacion y la nada, dirigen sus destructores golpes á la religion, á la familia, á la patria y á la sociedad, unen el heroísmo al delito, y la bajeza á la virtud, y con el fiero orgullo del ángel caido destruyen y baten luégo sus negras alas sobre las humeantes ruinas, enviando un sarcasmo á sus víctimas y una sonrisa de desprecio á sus admiradores.

De cuando en cuando se presenta en ellos alguna ráfaga de luz, algun resplandor instantáneo, pero es como el relámpago precursor de la tormenta que rasga las espesas nubes y enciende el horizonte para enseñar al hombre aterrado la inmensidad del peligro que amenaza su existencia. A ambos la fe les incomoda, la existencia de Dios les importuna; fuera de la vía del bien corren con frenético delirio tras de mundanos goces y pasajeros placeres, y no encuentran más que el desengaño y la desesperacion; la ironía, la negacion y la risa se convierten entónces en su único consuelo, y el suicidio es para ellos un porvenir deseado.

La muerte de uno y otro recuerda su existencia. Goethe al morir traza con su mano algunas líneas en el vacío, y luégo pide luz y pide auxilio; Byron, héroe sin ilusiones y general sin ejército, lleno de melancólico hastío, sacrifica á los 36 años, en los campos de batalla de la independencia griega, su ya para él demasiado larga existencia y por extremo enojosa.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

FRANCISCO FOSCARI.

CUADRO DE DON RICARDO NAVARRETE.

Lo más espléndido de la naturaleza, unido á lo más rico de la industria humana, han servido de inspiracion y de modelo á los pintores venecianos: por lo cual no es maravilla que pueda ufanarse Venecia con los inmortales nombres de Ticiano, Giorgione, Pablo Veronés, Tintoreto, Bassano, Fra del Piombo, los dos Palmas y otros insignes artistas.

Venecia, la gran ciudad mercantil y marítima, emporio un dia de la riqueza del mundo; con su complicada, misteriosa y fuerte organizacion política; sus duques, sus inquisidores, sus grandes marinos, sus hermosas mujeres; sus palacios suntuosos, lujosamente adornados con toda la profusion, con todo el opulento brillo del Oriente; sus canales, sus negras góndolas: Venecia, la reina del Adriático, debia dejar tras de sí, además de su nombre en la historia, el trasunto vivo, la verdadera y brillante imágen de lo que fué en el apogeo de su gloria; y ésa es la mision que cumplieron de un modo admirable sus admirabilísimos pintores.

En lienzos y frescos han dejado los venecianos escrita su asombrosa historia, y hoy el viajero puede evocar el pasado y reconstruirle con la imaginacion al contemplar las obras que aquellos grandes maestros legaron á la posteridad, que no se cansa de consagrar su fama imperecedera.

No es ésta, sin embargo, el mayor de los triunfos que obtuvieron los pintores venecianos, ni la sola consecuencia importante de la expresion de su genio: en la escuela del arte alcanzaron otro fin, porque consiguieron llevar al más alto punto que imaginar se puede una de las cualidades de mayor precio en el arte pictórico: la cualidad del color: como coloristas no tienen quizás rivales en el mundo.

Quédose para otras escuelas la pureza de la línea, lo grandioso de la composicion, la exacta reproduccion de la naturaleza: sin carecer por completo de estas cualidades, es más, reuniéndolas á veces todas, la riqueza, la brillantez de paleta que distinguen á la escuela veneciana sólo en ellas se encuentran llevadas á la perfeccion suma.

Dificilísimo es, por lo tanto, seguir con fruto el camino que abrieron aquellos inmortales artistas. Se necesita haber nacido con especiales dotes y consagrar la vida entera á estudiarlos y á comprenderlos, rodeándose de la atmósfera que ellos respiraban, viviendo donde mismo vivieron ellos, sintiendo y pensando de una manera análoga á como ellos sentian y pensaban, empapándose en su espíritu, trasportándose de este prosáico siglo XIX, en que hemos nacido, al siglo de Cárlos V y de Francisco I, de Julio II y de Leon X, á aquel siglo, que marca en el desenvolvimiento humano una de las más grandiosas épocas que han conocido los tiempos.

Resucitar, revivir y reproducir, sin copiar servilmente aquellos prodigios del arte, requiere mucho talento y mucho trabajo; y eso es lo que ha hecho y lo que ha obtenido el distinguido y jóven pintor nuestro compatriota el Sr. D. Ricardo Navarrete.

Ya en una de las últimas exposiciones de bellas artes presentó el Sr. Navarrete su magnífico lienzo del Marqués de Bedmar, embajador de España ante la Señoría de Venecia. Este notable cuadro, magistralmente compuesto, se distinguia por el vigor y la brillantez del colorido, y en él se revelaban el talento de su autor y el concienzudo y profundo estudio que durante su larga residencia en Italia, y sobre todo en Venecia, ha hecho de aquella escuela pictórica.

Mucho nos complació el Bedmar, y deseábamos conocer otros trabajos de su notable autor: tuvimos la satisfaccion de visitar su estudio, y admiramos allí, entre otros preciosos lienzos, el que representa al anciano Dux Francisco Fóscari en el momento de dirigirse á su palacio, despues de ser arrojado del poder, que durante tantos años y con tanta gloria habia desempeñado. Este lienzo es el que reproduce el grabado de la pág. 120 que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA ofrece en el presente número á sus numerosos lectores, con el deseo de que sea conocida una de las más bellas obras del Sr. Navarrete.

El asunto está admirablemente desempeñado. Esa negra góndola que surca lenta y tristemente las aguas, y dentro de la cual se ven la severa figura del anciano Dux, en quien se revela el amargo dolor que poco despues habia de llevarle al sepulcro; la de su compañero, imágen viva de la pena y de la desesperacion (1); la del pajecillo que boga, y en quien la juventud no da lugar bastante al sentimiento, por lo cual contrasta su fresco y juvenil rostro con los de aquéllos; en el fondo las arabescas galerías del palacio ducal, y asomado á ellas el implacable Loredano, que habiendo fraguado la intriga para la destitucion de Fóscari, quiere por sí mismo cerciorarse de su partida; á la derecha, las góndolas que esperan solitarias á sus dueños; debajo el mar, sombrío; en último término el cielo, rico de luz y de colores, ese cielo de Venecia, que á la caida de la tarde ofrece uno de los espectáculos más espléndidos de la naturaleza, y que allí, indiferente á los afectos humanos, lo mismo alumbra el punzante dolor del caido Fóscari que la loca alegría de su enemigo Loredano.

Para que se comprenda mejor lo perfectamente que el Sr. Navarrete ha tratado el asunto, trascribimos á continuacion lo que acerca de Francisco Fóscari y de su caida, dice, en su *Historia Universal*, César Cantú.

«Despues de la muerte de Tomas Mocénigo, que no habia cesado de disuadir á los venecianos de la adquisicion de posesiones en Grecia, Francisco Fóscari, hombre emprendedor é impetuoso, les impulsó á ocupar á Salónica (1429): pero la recuperó Amurat I, asaltó la Morea, y Venecia perdió en esta empresa setecientos mil ducados. Este mismo Fóscari secundaba á los que halagaban la vanidad de Venecia con el pensamiento de que podria adquirir en Italia tanto poderío como habia ostentado en otro tiempo Roma, y colocarse al frente de una liga capaz de contrabalancear la influencia de los Viscontis.

. . . . . .

»Aun cuando las guerras emprendidas á instigacion de Francisco Fóscari fueron contrarias á los intereses de Venecia, cubriéronla de gloria y la preservaron de los turcos durante treinta y cuatro años; pero la paz de Fray Simoneto (1494) y un tratado particular con Mahometo II, restableció en lo exterior el sosiego, y entónces la faccion de Loredano, perpétuo enemigo del Dux, volvió á levantar en lo interior la cabeza. A fin de herirle por el lado más sensible, habia hecho condenar á destierro á Jacobo, su único hijo, acusándole de inteligencia con el Duque de Milan, crimen que confesó en las angustias del tormento. Otra vez fué acusado, y atormentado á su vuelta. A este tiempo uno de sus jueces es muerto, y acusado Jacobo de este delito, es condenado á destierro; y aunque uno en su lecho de muerte se acusa del asesinato, no se le permite tornar á sus hogares. En alas del deseo de volver á ver el techo paterno, se dirige al Duque de Milan á fin de que le alcance licencia para llevar á su patria sus quebrantados huesos. Es interceptada la carta, y declara haberla escrito con objeto de trasladarse á sus queridas lagunas, aunque fuera á costa de un proceso. Un nuevo juicio le destierra á Candía. El Dux era de edad muy avanzada, y andaba apoyándose en un baston. Cuando fué á ver á Jacobo, le habló con mucha firmeza, como para hacer creer que no era su hijo, aunque no tenia otro. Jacobo le dijo: *Señor padre, os ruego que os empleeis en hacerme volver á casa.* A lo que respondió el Dux: *Anda, Jacobo, y obedece la voluntad de la ciudad, sin meterte en otra cosa.* Pero se dice que á su vuelta á palacio cayó el Dux sin sentido (2).

»Murió de pesadumbre el hijo: el padre, que habia propuesto abdicar por dos veces, lo cual no se le admitió miéntras le hizo necesario la guerra, fue entónces destituido por los Diez (1457). De consiguiente, abandonó el palacio, sin hijos, sin amigos, sin fuerzas, en medio de un pueblo de quien era amado sin duda; pero que temia más á la Inquisicion todavía. Cuando la campana de San Márcos anunció la eleccion de su sucesor, Fóscari exhaló el último suspiro» (3).

No concluirémos sin dar una vez más la enhorabuena por su última obra al Sr. Navarrete, dándonosla al propio tiempo á nosotros mismos por contar entre la bri-

(1) Sirvió de modelo para esta figura nuestro malogrado amigo el jóven y notabilísimo grabador Sr. Roselló, que pocos dias despues de ser retratado en el cuadro de Fóscari puso fin á sus dias trágica y dolorosamente ¡No podia sospechar el Sr. Navarrete la verdad con que expresaba su modelo la pena y la desesperacion!

(2) Sanuto.

(3) Se escribió este dístico en su sepulcro:

«Post mare perdomitum, post urbes Marte subactas
Florentem patriam longævus pace reliqui.»

Historia Universal, por César Cantú. Tomo XXI, cap. XXII, página 94 á 97. Comercio, Ciudades.

llante pléyade de nuestros modernos pintores á este distinguidísimo discípulo y continuador de los grandes artistas venecianos.

ANGEL AVILÉS.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

El genio, como el sol, lleva á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso.
G. G. DE AVELLANEDA.

I.

Si hay algo en la vida del hombre que pueda compararse al sacerdocio es el cultivo de la poesía, porque el poeta no encuentra compensacion, sobre todo aquí en España, donde *hacer versos* se considera como una facultad *inútil*, concedida por la naturaleza á todos ó á casi todos los seres contemporáneos: de esa mal concedida universalidad nace el desprestigio de *la clase*: es verdad: son muchos los llamados, pero pocos los escogidos. El gusto se ha estragado, y el hastío ha producido el desden.

Zorrilla, con la riqueza inimitable de su lirismo, y Espronceda, con su desencanto desolador, imprimieron á la poesía carácter en su época, arrastrando á la juventud á la pobre y estéril *imitacion*: el genio, áun en sus extravíos, pone un sello especial á sus obras, pero como los neófitos no pudieron copiar lo que de bueno tenía el género, la inspiracion, lo bastardearon, por decirlo así, siendo causa de la postracion actual de la poesía.

Los versos son *un género* sin valor en el mercado de las letras; fácilmente se encuentran editores para ensuciar el papel con la impresion de esas novelas que se venden *á cuarto* el pliego, destinadas á entrar por debajo de las puertas de las casas para llevar á ellas las doctrinas más disolventes, para sembrar en el alma de la juventud inexperta la semilla de todos los vicios, para destruir los lazos de la familia, para hacer cruda guerra á la virtud; en cambio, no hay un editor que se atreva á dar á la estampa una coleccion de poesías, siquiera lleve al frente el nombre de los más ilustres vates de nuestros tiempos.

Es una tristísima verdad que la experiencia se ha encargado de patentizar; y por eso debe considerarse como un sacerdocio la pérdida del tiempo que se emplea en dar rienda á la inspiracion para rimar conceptos que nadie ha de comprar, y lo que es más desconsolador, que nadie ha de leer, aunque el autor los imprima y reparta de balde. Pasó la época, dicen los que quieren disculpar el indiferentismo; y al hablar hoy de los poetas, la imaginacion se remonta á pintar el tipo, buscándolo entre los antiguos trovadores, con la lira al hombro, misioneros de la idea.

¿En dónde están nuestros poetas líricos? ¡Ah! escondieron sus liras debajo de los expedientes de las oficinas del Estado, que ahogaron sus sones, para satisfacer la necesidad imperiosa de alimentarse, ó impulsados por la ambicion, se lanzaron al revuelto mar de la política, donde se envenena el alma, donde naufragan las ilusiones, donde se cambia la pluma que escribe por la sierra que destroza.

El poeta tuerce su camino en pos de ventajas positivas, abriendo otros horizontes á su deseo de medrar; pero estos caminos y estos horizontes están cerrados para la mujer, que no cabe en las oficinas del Estado, ni en los escaños del Congreso, ni en el estadio de la prensa política, y lo que es peor, ni en las Academias científicas y literarias; y hé aquí por qué las mujeres, á pesar de las contrariedades que ofrece el cultivo de las musas, á pesar de sus resultados negativos, permanecen fieles á su inspiracion, *cantando siempre*, sin colgar la lira, sin renegar de su propósito; como los ruiseñores mueren cantando.

Hoy no hay poetas líricos en España; pertenecen á la historia; pero todavía, de vez en cuando, nos encantan los dulces trinos de Gertrúdis Avellaneda, de Carolina Coronado, de Pilar Sinués, de Angela Grassi, de la inspirada cantora de Cuba, Luisa Perez de Zambrana, y de algunas otras.....

Pero ahora noto que se ha escapado de mi pluma un nombre que estampé al frente de estas líneas. ¡Gertrúdis Avellaneda! ¡Ay! ¡Su lira ha enmudecido! ¡De ella no existe más que *su nombre!*.....

II.

¡Es verdad! ¡El cuerpo de la que fué Gertrúdis Gomez de Avellaneda descansa en un nicho del cementerio de la sacramental de San Martin, de Madrid! ¿Quién fué *la Avellaneda?*—A juzgar por la eterna despedida que le han hecho sus contemporáneos, debemos creer que no fué en su época ni una mediana figura. El 1.º de Febrero se sirvió Dios llamarla á sí, y el dia 2 se trasladaron sus restos mortales á la Necrópolis cortesana. Con luto en el corazon me preparaba á dar cuenta de un acto solemne, esperando presenciar una de esas demostraciones legítimas que siempre dispensa un pueblo entero á los grandes genios que nos abandonan: en la tumba todo se acaba; las pasiones deponen allí sus armas. La Avellaneda, en vida, habia poseido cuanto en el mundo despierta simpatías y posee la fuerza de atraccion: talento, hermosura, riqueza, posicion social; su sexo la ponia fuera del alcance del tiro de la opinion política, que todo lo envenena.

La hermosura es indudablemente una soberanía, pero lleva en sí la indudable condicion de ser en breve abdicada. Sin embargo, cuando sabe asegurarse la alianza de la virtud, puede soltar el cetro sin temor de perder ni su majestad ni sus conquistas.

Gertrudis Gomez de Avellaneda

Los que la habíamos visto cien veces aplaudida en la escena, premiada por los triunfos de su ingenio en diferentes certámenes, verdaderos torneos de la inteligencia; los que habíamos visto al pueblo de la Habana poner en sus sienes una corona, gloria que en vida sólo alcanzó en España el insigne Quintana; los que la habíamos visto obsequiada y admirada en todas partes, esperábamos que á la hora suprema de la muerte se reunirian las clases de la sociedad, sin exclusiones, para tributarle el último homenaje, ese simple homenaje que nunca niega la amistad al más vulgar de los seres de la tierra.

Pero, ¡ay! á la puerta de la casa núm. 2 de la calle de Ferraz, donde *Tula* habia enviado al cielo su alma, apénas nos encontrábamos una docena de personas; busqué asombrado á los hombres de letras, á los académicos, á los políticos, á los representantes de la prensa, á los actores: todos debian algo á la musa á quien la Parca fiera acababa de romper las cuerdas de su privilegiada lira, y entre aquel grupo de hombres, consecuentes á la amistad y á las consideraciones del genio, sólo encontré á Joaquin Cervino, á Juan Valera, á Cárlos Frontaura, á Luis Vidart y á José Ramon Betancourt. Este último, director que fué del Liceo de la Habana, concienzado escritor del Camagüey, paisano de *Tula*, colocó sobre el féretro una modesta corona de laurel en nombre de Cuba, que llorará en la esclarecida poetisa una de sus glorias..... ¡Y nada más!.....

Hé ahí la despedida que una ciudad de trescientas mil almas ha hecho á uno de los talentos más grandes de los tiempos modernos. Y no hace todavía dos meses que se llevaba al cementerio, con gran pompa, el cadáver de un infeliz, sacrificado á las iras revolucionarias, porque el dia ántes se habia sentado sobre el pescante del coche de un alto funcionario, y éste habia hecho la invitacion al entierro. ¡En la papeleta de *Tula* no habia más recomendacion que *su nombre!*

Aquellos restos humanos que con dolor seguimos son hijos de las letras eran la representacion de un nombre esclarecido: de Gertrúdis Gomez de Avellaneda, del eminente poeta á quien Mr. Durien llamó *la Melpómene castellana*: era el privilegiado ingenio, segun Gallego, «á quien nadie podia negar la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos»; era la escritora laureada que habia debido tantos elogios al académico frances Mr. Joly, que tradujo algunas escenas del *Baltasar*; era la que habia merecido de otra dama, ilustracion del siglo, de Carolina Coronado, las siguientes frases: «España no ha tenido nunca una poetisa de tanta energía, de tan sublime genio, de tanta elevacion y grandeza. Yo, al ménos, no la conozco, por más que miro al traves de los siglos»; era la célebre contemporánea á quien la gran autoridad de Mr. Villemain, en su introduccion de las Obras de Píndaro, habia llamado *la heredera de la lira de Fray Luis de Leon*; era, en una palabra, la autora de *Saul*, de *Baltasar* y de *Catilina*.

¡Esa fué *la Avellaneda!* Al abandonar su cadáver evoqué el nombre de Pastor Diaz, y repetí con él estas palabras que escribió en 1859 al juzgar á la escritora y á la mujer:

«Cuando caiga sobre ella aquella noche polar, eterna, en que ni los cantos de la sirena se escuchan; cuando haya en torno de su lira aquel silencio de todo ruido, aquel vacío neumático de todo soplo de aliento, que hace la muerte, como una madre solícita en derredor de la cuna de sus hijos, la poesía hará grabar debajo de su nombre estas palabras:

«Fué uno de los más ilustres poetas de su nacion y de su siglo: fué la más grande entre las »poetisas de todos los tiempos.»

»Y la Academia Española, que sin duda la habrá de contar algun dia entre sus más distinguidos miembros, añadirá:

«Fué uno de los escritores que más realzaron »el lustre y la majestuosa pureza del habla castellana.»

»Y el mundo escribirá por debajo:

«Fué una mujer muy hermosa; fué hija y »hermana ejemplar; fué excelente esposa; fué »buena, constante y tierna amiga.»

Pastor Diaz se equivocó. Gertrúdis Avellaneda ha muerto sin penetrar en la Academia Española, donde tenía un asiento que habia conquistado legítimamente; y no porque la ilustre corporacion dejára de reconocer su mérito superior, sino por consideraciones á su sexo. ¡Como si el talento tuviera edad ni sexo!....

III.

Gertrúdis Gomez de Avellaneda pasará á la posteridad; ahí queda ese monumento que ha levantado á las letras y á su nombre en los cinco tomos de sus *Obras literarias*, que habia acabado de imprimir cuando le sorprendió la muerte. ¿Quién puede negarle ese envidiable derecho? Sobre su talento nunca ha habido divergencia de opiniones; no ha faltado quien le niegue la cualidad de *poetisa* por encontrar demasiado varoniles sus cantos, que con efecto rebosan energía, sin que por eso pueda en absoluto negársele la cualidad del sentimiento delicado que se desprende de algunas de sus poesías líricas. *Tula* no se inspiraba con las brisas suaves de la primavera, ni con la esencia de las flores, ni con la ternura del erotismo, ni con los gorjeos del *sinsonte*, ni con los acordes del rabel bucólico; no: *Tula* se inspiraba con los vientos huracanados, con las llamas del incendio, con las sombras de la muerte, con el rugido del leon, con las grandes pasiones que necesitaba inflamar en los personajes que presentaba en la escena, con los movimientos violentísimos del corazon, con las exaltaciones del ánimo que le hicieron poner en boca de *Munio Alfonso*, al terminar el tercer acto de su drama, este verso:

«¡Horrible tempestad, desata un rayo!»

Invocacion enérgica, que hizo exclamar en la luneta á uno de nuestros primeros escritores estas palabras que se han conservado como un retrato de la autora: «¡Es mucho hombre esta mujer!»

No es mi objeto escribir hoy la biografía ni el juicio crítico de las obras de la Avellaneda, porque ni aquélla ni éste caben en los límites del periódico y en las condiciones de un artículo *del momento*; ademas, su biografía está escrita ya por plumas más doctas que la

MADRID.—Ensayo de una estudiantina ántes del Carnaval.

MADRID.—Mascarada de los barrios bajos.

PORTUGAL.—Llegada de los ex-reyes de España á Elbas (frontera hispano-portuguesa).

FRANCIA.—Sala-*restaurant* en la Asamblea de Versalles, donde los Diputados reponen su estómago.

mia; el juicio está hecho por el público, que es un crítico inapelable y justo, y al pié de diferentes trabajos superiores sobre las producciones de la escritora camagüeyana aparecen las firmas de Alberto Lista, Leopoldo Augusto de Cueto, Duque de Frias, Juan Nicasio Gallego, Nicomédes Pastor Diaz, Severo Catalina, Juan Valera, Pedro A. de Alarcon, Antonio Romero Ortiz, Antonio Flores y de otros muchos.

Despues de esos nombres nada me queda que decir; mi objeto ha sido simplemente tributar un recuerdo á la ilustre escritora con quien me unian lazos de un cariño tan noble como leal. En treinta años de una amistad nunca interrumpida, supe apreciar la finura de su trato exquisito y la bondad de su corazon; el mismo sol de los trópicos habia alumbrado nuestras cunas en aquella hermosa tierra de Cuba; le debí afecto en vida, y le debo gratitud á su muerte, pues ahí están, al frente de mi novela *Anatomía del corazon* y de mi librito moral *Lecciones de mundo*, las líneas que les consagró, con elogios que la amistad disculpa. La Avellaneda era uno de los notables ingenios que debia escribir un capítulo para la novela *Las corrientes de la vida*, que ha de aparecer en la biblioteca *Cuentos de salon* que publico con mi amigo Frontaura. La muerte ha descompuesto el cuadro, arrancando de sus manos la pluma con que se preparaba á honrar el libro, pero allí quedará su nombre como debe quedar su recuerdo en el corazon de todos los amantes de las letras.

El carácter particular de la Avellaneda, su espíritu romanceseo, su talento privilegiado, ofrecen en lo porvenir una figura de relieve para heroina de novelas y de dramas; el porvenir la apreciará mejor que nosotros; los contemporáneos la coronaron en vida, pero la han abandonado á la hora de la muerte. ¡La posteridad le hará justicia y premiará su talento!

IV.

Gertrúdis Gomez de Avellaneda nació en Puerto-Príncipe, capital hoy del departamento del Centro, en la isla de Cuba, el dia 28 de Noviembre de 1816; ha muerto á una edad en que todavía su ingenio hubiera podido dar muy sazonados frutos, pero hacia tiempo que su delicada salud la agobiaba. Muy jóven vino á España, donde los primeros cantos de *La Peregrina* hicieron fijar la atencion en ella, adivinando que habia de ser *la heredera de la lira de Fr. Luis de Leon*; bien pronto llenó el mundo con sus trabajos literarios, y en la universalidad de su talento escribió novelas como *Sab* y *Dos mujeres*, dramas como *Saul* y *Baltasar*, y comedias como *La hija de las flores*.

Viuda de D. Pedro Sabater, contrajo segundas nupcias con el coronel de artillería D. Domingo Verdugo; para convalecer éste de una herida alevosa que recibió en 1858, le acompañó *Tula* en sus viajes, y aun recuerda Barcelona las ovaciones que dispensó á la insigne escritora cubana: ¡serenatas, coronas, versos, flores!.... ¡Hé aquí el triunfo del genio!....

En 1859 volvió *La Peregrina* á la isla de Cuba; despues de veinte y tres años de ausencia, pisó el suelo natal, donde la coronó el pueblo en el Liceo de la Habana el 27 de Enero de 1860, pudiendo asegurar los que fuimos testigos de aquella solemne fiesta que nunca se premió al talento con mayor espontaneidad, que nunca se le ha glorificado con mayor entusiasmo.

¡Y la escritora laureada ya no existe! El dia 2 de Febrero, un momento ántes de esconder en la tierra su cadáver, contemplé aquellos ojos inmóviles, aquellos labios contraidos por la implacable muerte; por su ancha frente, que revelaba el *quid divinum* que allí se habia aposentado, me pareció ver que vagaba el genio de la poesía, murmurando estos versos que ella habia escrito para Heredia, el gran cantor del Niágara:

«No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba.....
¡Murió!.... A la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso!»

Madrid, 5 de Febrero de 1873.

TEODORO GUERRERO.

UNA LÁGRIMA.

Mil veces vi tus límpidas pupilas
Del pesar por las sombras anubladas,
Y lágrimas copiosas hilo á hilo
Caer de tus pestañas.
Mil veces te oí decir entre sollozos:
—¡Qué desgraciada soy, qué desgraciada!—
Y en tanto, contemplaba sonriendo
Tus pasajeras ánsias.
Ayer, sobre tu pálida mejilla
Vieron rodar mis ojos una lágrima:
¡Una sola! y tus labios contraidos
Ni una queja exhalaban.
Y esa lágrima triste y silenciosa,
Más elocuente cuanto más callada,
Me hizo llorar, ¡porque era la primera
Que brotaba del alma!

L. SIPOS.

LA NOVELA DE UN JÓVEN RICO.

(CONTINUACION.)

III.

DONDE SE VE QUE JOAQUIN ERA UN JÓVEN SENSIBLE.

Joaquin llegó á la capital de España una mañanita temprano por el ferro-carril del Mediodía, y apénas hubo puesto el pié en el anden se le puso delante un caballero como de cincuenta años, de aspecto simpático y gallardo continente, que le dijo, saludándole con exquisita cortesanía:

—¿Es al hijo de doña Mercedes Angulo y Tres Castillos á quien tengo el honor de saludar?....

—El honor es mio, se apresuró á decir el jóven andaluz, en quien hizo la mejor impresion la presencia del desconocido.—Pero, continuó, ¿cómo sabe V. quien soy yo sin haberme visto hasta ahora?...

—Amigo mio, es verdad que hasta este momento no he tenido el honor de hablar á V., pero hace dias que le conozco por una excelente fotografía que su señora madre ha enviado á mi hermana política la respetable señora doña Salvadora de Lafuente.

—¡Ah! Ya comprendo; viene V. á recibirme en nombre de esa buena señora.

—Exactamente, y á acompañar á V. á su casa, donde tiene V. dispuesta su habitacion, segun lo convenido entre las dos señoras.

—Sí; mamá me ha hecho grandes encomios de doña Salvadora, y desea que me hospede en su casa.

—Mi hermana política es realmente apreciabilísima persona, pero dudo... en fin, ahora no es ocasion de que hablemos de eso. Usted tendrá deseo de reposar y no debo yo retardar un momento la satisfaccion de tan natural deseo. Dóme V. el talon de su equipaje y se lo daremos á mi criado que espera fuera y se encargará de que sea llevado á casa.

Joaquin y el hermano político de doña Salvadora salieron del anden, y despues de dar sus instrucciones al criado del último, montaron en una bonita victoria que les condujo en pocos minutos á la calle de Serrano, en el barrio de Salamanca, donde vivia en una casa de nueva construccion la amiga de doña Mercedes.

Doña Salvadora no se habia levantado todavía.

Don Facundo, que así se llamaba el cumplido caballero que habia recibido en la estacion á Joaquin, condujo á éste al cuarto que se le habia destinado.

La habitacion era preciosa y alegre, con un balcon desde donde se veia gran extension de campo y tambien gran parte de la ciudad, el Retiro, la calle de Alcalá, los Circos de Recoletos, el paseo del Prado, los palacios de la Castellana. El mueblaje era del mejor gusto, y no faltaba nada de lo que corresponde á la habitacion de un soltero rico. Mesa de despacho, estante de libros, papelera, armario de espejo, butacas, un piano, una mecedora, un bonito atril para leer; en el testero, artísticamente colocadas, espadas de combate, dos pistolas, floretes, manoplas, una espingarda, sirviendo todo esto de dosel á un magnífico retrato en el que fijó su atencion el huésped.

—¿Le agrada á V. ese retrato?... preguntó D. Facundo al jóven.

—¡Oh! sí; es un gallardo jóven, de noble y simpática fisonomía. Debe tener un corazon generoso y gran inteligencia.

—Tenia, sí señor, tenia todas las cualidades de un hombre superior.

—¡Pues no existe?..

—No señor, no existe.

—¡Ah! ya comprendo; mi madre me habló mucho de este jóven tan digno de mejor suerte. Este era el hijo de mi señora doña Salvadora...

—Su madre no se consolará nunca de su desgracia. Este pobre jóven murió cuando más le sonreia la vida, cuando habia adquirido un gran caudal de ciencia, cuando era la honra y la alegría de su casa. Y ahora me permitiré llamar la atencion de V. sobre un detalle que le probará cuánto aprecia mi hermana á su señora madre de V. Esta habitacion que se halla como estaba el dia que en esa alcoba espiró el pobre Rafael, ha querido la desventurada madre que la ocupe el hijo de su predilecta amiga.

—Es una distincion que agradezco sobremanera; es muy honroso para mí ocupar una habitacion llena de recuerdos de quien fué tan digno y tan inteligente.

—Aquí tiene V. los libros, los papeles de Rafael, sus cuadernos de estudio, las obras musicales que más apreciaba, su album de retratos... Todo esto lo confia al cuidado de V. la madre sin ventura. Y ahora descanse V. hasta la hora de almorzar. Mi hermana almuerza á las doce, V. podrá hacerlo á la hora que le parezca. Esta tarde, si V. no tiene persona más estimada y digna de su amistad que le enseñe la villa y córte, podremos salir juntos.

—¡Oh! sí, con mucho gusto. No conozco á nadie en Madrid, y aunque conociera, creo que no podria encontrar mejor compañía que la de persona tan distinguida como V.

—Poco á poco; no vaya V. á formar buen juicio de mí, porque esto le proporcionará un notable desengaño. Cuando V. oiga hablar de mí sabrá horrores. De nadie se habla en Madrid tan mal como de quien tiene el honor de saludarle y besarle la mano, ofreciéndole su amistad y sus servicios.

Y saludando á Joaquin con una elegante cortesía y un afectuoso apreton de manos, salió D. Facundo de la habitacion, dejando solo al recien venido.

Cansadillo estaba del viaje el hijo de doña Mercedes, y el limpio y elegante lecho convidábale á reposar, pero más le seducia la contemplacion del panorama que se distinguia desde el balcon. Joaquin estuvo más de una hora absorto viendo la ciudad, la famosa villa de Madrid que tanto habia deseado ver, donde entraba con tantas esperanzas, con tantas ilusiones. De buenísima gana se hubiera echado á la calle á verlo todo, á dar una vuelta por la Puerta del Sol, á contemplar la soberbia fachada del Congreso de los diputados, donde él esperaba entrar un dia á representar á sus convecinos de Osuna, y sobre todo á ver las mujeres de Madrid, de las que habia oido hablar con gran encomio al médico D. Martin Benitez, uno de los hombres más aficionados á las hijas de Adan, pero salir en aquel momento hubiese parecido á doña Salvadora y á D. Facundo notoria intemperancia, y Joaquin no queria pasar por ligero y aturdido.

De pronto se nubló el animado semblante del gallardo jóven. Del portal de la casa inmediata salian cuatro hombres llevando un ataud, y este espectáculo, tan frecuente en todas partes donde hay vivos, le impresionó profundamente. Entróse en el saloncito, se tendió en la butaca, y fijó la vista instintivamente en el retrato del hijo de doña Salvadora. El retrato miraba fijamente á Joaquin y parecia sonreirle.

Joaquin era cristiano, y por consiguiente no tenia nada de supersticioso, pero no pudo ménos de sentir cierta impresion triste.

—La muerte, exclamó, es lo primero que veo en Madrid. ¡Pobre jóven! Tambien él tendria las mismas esperanzas, las mismas ilusiones que yo, y en un momento acabó todo para él. ¡Qué hermosa fisonomía la de ese desgraciado! Debia ser un jóven generoso, hidalgo, valiente, franco y leal en la amistad, ardiente y apasionado en el amor... ¿De qué moriria ese infeliz?... Su rostro parece el de un hombre lleno de salud, sus ojos están rebosando vida... ¡Pobre jóven! Cuánto le hubiese querido yo si hubiera sido mi amigo, pero más vale que no le haya conocido, porque su muerte me habria causado un gran pesar. ¿Qué es esto?... ¿una lágrima? Una lágrima á la memoria de una persona á quien no conocí nunca. ¡Qué abrazo me pierdo con que no esté aquí mi querida madre!... Tambien ella hubiera llorado.

. . . . . .

Cuando D. Facundo vino á dar un golpecito en la puerta para avisar á Joaquin de que el almuerzo estaba servido, el hijo de doña Mercedes, sin haber dormido un momento, estaba ya completamente vestido de limpio y en disposicion de presentarse á la señora doña Salvadora, á quien tenia grandes deseos de conocer.

Don Facundo condujo al comedor á Joaquin con asombro de éste que entendia que debia ser ántes presentado á la dueña de la casa.

—Mi hermana, dijo D. Facundo, no almuerza con nosotros porque está indispuesta. Su salud es muy delicada y estas indisposiciones son en ella frecuentes. El médico opina que no debe levantarse hoy. Sin embargo, aunque está en el lecho, recibirá á V. más tarde.

—Es desgracia mia verme privado de ofrecer mis respetos á esa digna señora, y deploro sinceramente el motivo.

—No será cosa de cuidado, amigo mio.

—Así lo deseo ardientemente.

—El almuerzo nos espera. Almorcemos y charlemos como dos buenos amigos.

Joaquin estuvo encantado oyendo á D. Facundo. Su conversacion era amenísima, su instruccion profunda, y trataba todos los asuntos con singular buen sentido.

Conocia á todos los personajes políticos más notables, y en poquísimas, discretas y gráficas palabras

hacia el juicio acertadísimo de cada uno. Él era escéptico en política; no tenia fe en ningun partido ni en hombre alguno de los encargados de hacer feliz á la cada vez más desventurada patria.

Hablaba de bellas artes con gran aplomo, como quien tiene grandes conocimientos, y á juzgar por los detalles que daba de varios paises de Europa y América, habia recorrido una gran parte del mundo.

(*Se continuará.*)

CÁRLOS FRONTAURA.

ANTONIO SELVA.

De cuantos artistas se han expuesto en estos últimos tiempos al juicio público en el teatro de la Ópera de Madrid, ninguno indudablemente ha logrado reunir, como el eminente cantante cuyo nombre encabeza este artículo, esa preciosa unanimidad de sufragios favorables y entusiastas, que son el más glorioso galardon de las inteligencias privilegiadas.

Hoy más que otras veces sentimos en nuestro ánimo la terrible presion que en él ejerce el íntimo convencimiento de nuestra pequeñez, de nuestra ignorancia al emprender una tarea agradable, sí, agradable en extremo, pero que tenemos derecho á conceptuar de indigna tratándose de un artista cuya apología han hecho con elocuencia sin igual cuantos públicos han tenido la fortuna de admirarle.

Sea éste nuestro modesto trabajo un respetuoso testimonio de consideracion y cariño hácia un cantante que conserva en toda su pureza y vigor las magníficas tradiciones del verdadero arte y sea tambien á la par débil muestra del atrevimiento de la ignorancia cuando ésta se halla secundada por el entusiasmo hácia todo lo que es bello, hácia todo lo que es grande.

Excúsenos, pues, nuestro entusiasmo ya que no podemos ofrecer, para llevar á cabo debidamente este trabajo, las dotes literarias y críticas que otros, en mayor grado que nosotros, poseen.

Los curiosos é interesantes detalles que encierra la vida de Selva nos obligan á dividir esta biografía en dos capítulos distintos. El primero será una narracion de los hechos y accidentes variados que llenan la carrera del cantante. En el segundo trataremos de presentar á nuestros lectores una *fotografía artística* de Selva, desapasionada é imparcial, examinándole y juzgándole en la interpretacion de los principales personajes que tan justa fama le ha proporcionado.

I.

Antonio Selva nació en Padua el año 1825. Despues de haber estudiado durante su infancia todos los ramos de la instruccion primaria, sus padres quisieron dedicarle á diversas carreras, desistiendo, al fin, de este intento al ver la inclinacion que para el arte manifestaba el adolescente. En efecto, Selva emprendió con juvenil ardor el estudio de la música, y los resultados fueron tan excelentes que, previos dos años de solfeo y vocalizacion, fué admitido como contralto en la gran cantoría de San Antonio de Padua. Una vez relacionado con los cantores, Selva consiguió ser recibido de corista del teatro de Padua, donde no tardó en encontrar quien le contratára por algunos años. Su primer paso decisivo en la carrera del arte se debió á una circunstancia fortuita y curiosa en extremo.

Cantábase una noche en el teatro de Treviso el *Nabucodonosor* de Verdi. Llegado el concertante del acto segundo, dispararon con tan mal acierto el rayo, que no contento éste con *descoronar* á *Nabuco*, hubo de lesionar gravemente la cabeza del desdichado monarca. Herido el rey de Babilonia, suspendióse la representacion, y el empresario salió inmediatamente para Venecia con el objeto de hallar un cantante que reemplazára al pobre lesionado.

Selva estaba entónces en la que fué reina del Adriático. Oyóle el empresario, y prendado de la hermosa y poderosa voz del jóven cantante contratóle en seguida, obligándole á salir á las pocas horas para Treviso. Llegan á esta ciudad los dos viajeros y se dirigen al teatro donde Selva encuentra á todos los profesores de orquesta, al director y á la Presidencia (1) esperándole para ensayar el papel de *Zaccaría* en el *Nabuco*.

La Presidencia, que ve llegar á un jóven imberbe y algo escuálido, protesta enérgicamente contra la eleccion hecha por el empresario y se niega resueltamente á oirá Selva, por juzgar su edad (tenia 18 años) y figura impropias para sostener dignamente la majestad y fuerza vocal que requiere el papel de *Zaccaría*. Ajeno por completo á este incidente, Selva, con su maleta en la mano, se entretiene en conversar amigablemente con algunos coristas, hasta que la Presidencia, vencida por las súplicas del empresario, se resigna á oir de mala gana al novel cantante.

Deja Selva la maleta, se avanza á la escena y ataca con admirable maestría y potencia de voz el recitativo de la introduccion *¡Sperate, oh figli!* No bien hubo terminado el recitado, cuando la orquesta se levantó en masa prorumpiendo en exclamaciones de entusiasmo, y la Presidencia, convencida de su error, abrazó con efusion al jóven artista, prodigándole todos los mayores elogios.

Las representaciones del *Nabuco* fueron para Selva una serie de ovaciones frenéticas que le captaron las simpatías de todo el público de Treviso.

En 1844, durante la cuaresma, pasó Selva al teatro de San Samuel de Venecia, donde debió á una circunstancia casual tambien la elevacion de su fama y su verdadera entrada en la senda del arte lírico-dramático.

En ocasion de un banquete que gran número de admiradores de Verdi ofrecieron al célebre maestro italiano, presentóse éste en el teatro de San Samuel, seguido de sus amigos, dispuestos todos, más que á oir la ópera que se ejecutaba, á pasar un rato de buen humor despues de la comida.

Se cantaba una ópera bufa titulada, *El Diablo condenado á casarse*, en la que Selva representaba el papel de *Pluton*. Al oir á Selva, la alegría bulliciosa de Verdi se convirtió muy pronto en silenciosa atencion.

Verdi volvió otra noche al teatro, y solo, en un palco, se dedicó á examinar detenidamente las condiciones artísticas de Selva. La maravillosa intuicion del jóven cantante y su hermosa voz fueron para Verdi una revelacion. Inmediatamente tomó su resolucion; vió á Selva, le felicitó, prometióle un brillantísimo porvenir, y encomendó á aquel talento naciente el personaje de Silva en el *Ernani*. Por influencias de Verdi dejó Selva el teatro de San Samuel y se trasladó al de la Fenice, el más importante de Venecia. Allí se estrenó *Ernani*, que obtuvo un éxito grandísimo y que constituyó para Selva un acontecimiento que llevó su nombre por todo el mundo musical.

Desde aquella fecha los más importantes teatros de Italia se disputaron el honor de poseer al ya célebre artista. La prensa agotó sus elogios en loor de Selva; comenzó para éste su verdadera carrera, y ya entónces se dedicó con creciente afan al perfeccionamiento de sus facultades artísticas:

Despues de haber recorrido los teatros de Venecia, Padua, Udine, Trieste, Govizia, Rávigo y Milan, Selva fué contratado el año 1845 para el teatro del Liceo de Barcelona, donde fué objeto de las mayores ovaciones durante tres temporadas consecutivas. Allí conoció al gran Salvatori, que prendado de las grandes condiciones que demostraba tener Selva, se propuso iniciarlo en los grandes secretos del arte, objeto que consiguió cumplidamente merced al instinto maravilloso de su jóven discípulo. Al gran artista Salvatori debió, pues, Selva mucha parte de sus adelantos en la carrera.

Aun no habia terminado el tercer año de su ajuste en Barcelona, cuando llega á oidos de Selva la noticia de hallarse Italia en armas contra los *tedeschi*. Abandona inmediatamente el teatro, emprende el viaje á Florencia, trasládase desde allí á Padua y abraza á sus padres. Una vez en su patria nativa, hace servicio como voluntario y tiene que huir á Venecia, á consecuencia de la rendicion del baluarte de Vicenza, donde él hubo de encontrarse.

Durante el período revolucionario, Selva no se da un momento de descanso. Sirve tres meses en los fuertes de Lido, en Venecia; se embarca de allí para Ravenna, pasa á Florencia, donde se halla Guerazzi al frente del Gobierno, y se bate en las calles contra las tropas enemigas. Contratado para Pisa en 1848, se traslada un dia á Liorna, planta en la gran plaza el árbol de la Libertad, y vuelve por la noche á Pisa para cantar en el teatro. En fin, despues de entusiasmar á los pisanos en el *Attila*, *Puritani* y *Marino Faliero*, y despues de haber armado una revolucion en la ciudad proclamando la república, con más entusiasmo que éxito, Selva, terminados sus compromisos con Pisa, fué llamado á Florencia. De aquí pasó al teatro de San Cárlos de Nápoles, donde debutó con el *Moisés* y estrenó la *Luisa Miller*, escrita por Verdi expresamente para Selva.

Durante el otoño de 1852, despues de haber cantado tres años en Nápoles y Palermo, se oyó por primera vez á Selva en Madrid. El efecto que el gran artista produjo en los madrileños, fué magnífico, y desde entónces lo hemos tenido frecuentemente en nuestro teatro, donde hoy excita gritos de entusiasmo cada vez que toma parte en óperas de su repertorio.

Desde el año 1852, hasta el actual de 1873, Selva ha recorrido los principales teatros de España, tales como Barcelona, Sevilla, Cádiz y Jerez, y ha cantado siempre con éxito inmenso en París, Moscou y Constantinopla.

Por lo que habrán podido ver nuestros lectores, en el ligero relato que antecede, la carrera de Selva ha sido una serie no interrumpida de ovaciones. En la vida artística del gran cantante, las intrigas, las pequeñas miserias, tan frecuentes en el teatro, no hicieron jamas mella alguna.

Una sola intriga, preparada con la mayor maldad en Moscou, pudo haberle costado un retroceso en su carrera; pero no fué así. Aquella intriga (hablarémos de ella en el próximo artículo) produjo al arte una de las mejores figuras de Selva: el Leporello del *Don Juan*.

Selva contrajo matrimonio con la distinguida cantante Sra. Peruzzi, y tiene de ella tres hijos que residen en Padua y terminan en la actualidad sus estudios. Cuenta hoy cuarenta y ocho años de edad, y se halla perfectamente conservado y robusto, á pesar de sus incesantes fatigas, como pueden juzgar nuestros lectores por su retrato grabado en otro lugar.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(*Se continuará.*)

(1) Jurado compuesto generalmente de tres individuos cuya mision es examinar las condiciones de los artistas contratados por el empresario y vigilar por el buen órden de los espectáculos. Este jurado es nombrado por el Gobierno cuando el teatro pertenece al Estado, y por los particulares en caso contrario.

LO ESCRITO DE LAS MUJERES.

(CONTINUACION.)

IV.

Llegamos por fin al advenimiento del cristianismo. Esta revolucion sin ejemplo en los anales de la humanidad, vino á regenerar á la mujer, la colocó en el verdadero lugar que la destinó la naturaleza, é imponiendo leyes severas, tanto á ellas como á las costumbres, estrechó los lazos de los matrimonios, hizo sagrado el vínculo que los unia (2) y puso los contratos de los esposos bajo la custodia del mismo Dios.

Completa fué la victoria del cristianismo en el degradado Oriente, y más completa aún en el norte de Europa, donde el enérgico pueblo germano, que tenia ya gran respeto al sexo femenino, acogió con entusiasmo la sublime doctrina de desmeristo: siguieron su ejemplo los demas pueblos, comenzó la emancipacion de la mujer, y de aquí parte su condicion actual en los países en que ha penetrado la luz del Evangelio. La civilizacion, partiendo de esta base, ha realzado al débil á la par del fuerte, ha patentizado la igualdad de los dos sexos, y ha mejorado la condicion de esa hermosa mitad del género humano de tal modo que, como dice un autor moderno, «si nuestras madres y nuestras hijas »no fuesen cristianas por creencia, debieran serlo por »gratitud al Crucificado.»

Cambio tan radical en las ideas debió producirse tambien en los escritos, y así fué en efecto: todos aquellos que tenian por motivo las mujeres, fueron austeros y puros como ellas, y casi todos los doctores, oradores y santos de esta primera época de la Iglesia enaltecieron á porfía á las mujeres cristianas (3); pero el que lo hizo con más celo y elocuencia fué San Jerónimo, quien habiendo nacido con un alma fogosa, pasó los ochenta años de su vida en escribir, en combatirse y vencerse. Este santo tuvo en Roma por discípulas á muchas mujeres ilustres, y cercado por la hermosura supo evitar las flaquezas, ya que no pudo libertarse de las calumnias: dejó finalmente el mundo, las mujeres y á sí mismo, pero aunque se retiró á Palestina no dejó de verse perseguido en la soledad del desierto, donde áun resonaba para él el tumulto de la bulliciosa Roma. Tal fué en el siglo IV el carácter del más elocuente panegirista de las mujeres cristianas.

Verificóse luégo la irrupcion de los bárbaros, y el cristianismo fué introducido en casi todas partes por las mujeres: coloradas en el trono atrajeron á sus maridos á la verdadera religion, y de esta manera recibie-

(2) *Buenos es notar* que la esencia del matrimonio instituido por Dios es el contrato religioso hoy que se da como un adelanto el matrimonio civil; prueba de ello es que ya este género de contrato fué conocido por los griegos, que admitieron al fin como base de él la union de un hombre con una sola mujer, y por los romanos, que hacian el vínculo conyugal indisoluble; sin embargo, sólo al cristianismo y al matrimonio cristiano debió la mujer sus derechos, sus deberes y su elevacion moral.

(3) Digo casi todos, porque San Pablo, algo severo en punto á las mujeres, las recuerda frecuentemente su sujecion al hombre, dice que deben tenerle el mismo respeto que el hombre á Dios, las reprende severamente que hablen en la iglesia, y prohibe que mezclen su voz con la de los sacerdotes al entonar alabanzas al Señor.